

# SELECTA

Año IV—Número 8

Santiago de Chile, Noviembre de 1912

Precio: UN PESO



LA PRIMERA ROSA

C. A. LENOIR



**E**l Parque Forestal es, sin duda, uno de los más hermosos paseos de Santiago; sus avenidas y caminos se dilatan ante un paisaje nevado de Cordillera, de espléndidas perspectivas, digno de Suiza. Los árboles presentan las gradaciones todas de verde—los plátanos y las palmeras ostentan líneas exquisitas en fondo de cielo luminoso y brillante.

Nuestra naturaleza hace recordar el verso del poeta: “No hay cielo como mi cielo, ni patria como mi patria”. Por desgracia solamente cuando nos encontramos lejos de ella es cuando venimos a apreciarla en todo su valor verdadero y cabal.

Los niños corren por las avenidas del Parque, gritando y persiguiéndose; cruzan algunos muchachos, leyendo sus textos de estudio, como que se aproximan ya las temidas épocas del examen. Bajo los árboles, sentados sobre sofás en parajes oscuros, se ve parejas de enamorados—pues el amor es arte que todos aprendemos sin maestro. Más de un joven galán habrá de repetirse lo que dijo en cierta ocasión una dama a la cual perturbaban los estudiantes en una cita, al pasar junto al sofá en el cual se hallaba sumida en amoroso coloquio: “Me dan ganas de repetir con Fausto: *Maledico la cenza*” maldigo el saber.

En cuanto a mí, nada me da más pena que ver a los jóvenes estudiando, llenos de fe en las excelencias del estudio, convencidos de que en Chile se puede ser algo cuando se sabe mucho. La única persona que ha sabido dar una fórmula exacta para uso nacional, fué don Ambrosio Montt, en su testamento, en el cual puso la siguiente cláusula: “Dejó mi biblioteca a la casa de locos”. Una vez muerto el ilustre escritor y orador, don Pedro Montt, que por entonces administraba el establecimiento, se presentó cobrando el legado que actualmente ocupa una de las salas de la Casa de Orates de Santiago.

Qué inmensa ironía la de don Ambrosio: era como decir que en Chile sólo los locos deben leer. Nada dijo de los que escriben, porque acaso deberán ser contados entre los tontos. Leer, meditar, escribir, en un país en donde sólo vale el dinero que se lleva en el bolsillo, es como irse a cazar llevando escopeta y dejándose las municiones en la casa.

Dejemos por un momento a los estudiantes y sigamos

nuestro paseo por el Parque Forestal, ante las perspectivas encantadas de las montañas, y las altas cúpulas que por el occidente se alzan sobre el cielo transparente. Andando, andando, llegaremos al monumento alemán, recientemente inaugurado, de la fuente del gran escultor Eberlein, es una obra maravillosa, llena de poesía y de encanto, de simbolismo profundo y de líneas elegantes.

La colonia alemana ha levantado al centenario de nuestra Independencia el más hermoso de sus monumentos, el que mejor se adapta a nuestros paseos, a nuestro cielo y a nuestra naturaleza, el más artístico y el más completo. Acaso sea porque la nación alemana tiene un maravilloso don de adaptabilidad que constituye la razón de por qué ha sabido conquistarse tan alto puesto en el comercio universal, venciendo a pueblos que llevaron por espacio de largos años el cetro del comercio. Los alemanes saben comprender la naturaleza de las países a los cuales se dirigen, no tienen la soberbia británica.

El grupo del escultor alemán sabe combinar admirablemente la belleza de las líneas de sus principales personajes, con el alto simbolismo del grupo y la decoración admirable de las cordilleras que se alzan en el fondo como un altar gigantesco de arte.

La colonia alemana, hoy día rica y próspera, que tiene industrias valiosísimas, y bancos importantes, y grandes casas importadoras, escuelas y clubs, sólo vino a Chile en mitad del siglo diecinueve, durante la administración de don Manuel Montt, por quien tuvieron verdadero culto.

Pérez Rosales nos ha pintado en sus “Recuerdos”, la llegada de aquellos primeros inmigrantes a Valdivia y las penurias por que atravesaron, antes de establecerse entre nosotros y crear importantes industrias y fuentes de riqueza para nuestro país. Todos ellos traían su capitalito, herramientas de trabajo, familias, educación, principios religiosos y morales. Era, en suma, una masa magnífica de emigración, arrancada de su patria por los azares de la revolución de 1848. Como a los primeros pobladores de la América del Norte, les movía, no el espíritu de lucro, ni la ambición, sino el ansia noble de libertad, el deseo de cruzar los mares para conquistar en toda su magnífica plenitud la libertad humana.

No derrochó en ellos el Gobierno nacional sus dineros:

no hubo agentes inexcusados que nos enviaran ciegos, sordos y paráliticos como en las emigraciones contratadas por nuestros agentes, ni vinieron anarquistas o desalmados, sino hombres sobrios, trabajadores, y deseosos de engrandecer el país en el cual pensaban radicar para siempre sus familias. Las primeras preguntas formuladas por los inmigrantes llegados a Valdivia en el vapor *Hermann* fueron sobre los derechos políticos de que podrían gozar y sobre si tendrían su libertad religiosa, sobre la constitución moral de la familia, y el derecho de educar a sus hijos con arreglo a sus creencias religiosas.

Los alemanes trajeron a Chile una emigración espléndida, acaso tan buena o mejor que la enviada a los Estados Unidos de Norte América, compuesta de hombres esforzados y sanos así de alma como de cuerpo, resueltos a labrarse honradamente fortuna, asimilándose al país en el cual debían de habitar.

Sucedió entonces algo curioso y sintomático de nuestra raza, algo que en diversas ocasiones habría de promoverse en igual forma: los pobladores de Valdivia, antiguos descendientes de españoles, creyeron llegado el momento de adueñarse de las tierras baldías o pobladas de bosques amenudo impenetrables, que nuestro Gobierno destinaba a los emigrantes. Valiéronse entonces, como suelen hacerlo ahora, del cómodo sistema de comprarlas a los indios por precios irrisorios, mediante una simple botella de aguardiente o de mercaderías de poco precio. Los indios, ebrios, vendían sus terrenos en forma verdaderamente irrisoria, delante de testigos convenientemente arreglados, y las escrituras se extendían de manera imprecisa; si se trataba, por ejemplo, de lugares que desiñaban con un río, abra o estero que pudiera ser designado con nombre conocido, ya la dificultad se juzgaba salvada. Unas veces el límite llegaba hasta la cordillera nevada, otras hasta el mar Pacífico, aun cuan-

do se llevara ciudades por delante; otras, se señalaba el límite del *monte verde*, como si por todas partes no hubiera montes verdes

Cuando llegaron los primeros inmigrantes alemanes al puerto de Corral, se encontraron con que no tenían tierras disponibles y hubieron de adquirirlas a precios enormes. Vióse entonces un espectáculo digno de aquellos tiempos de admirable honradez administrativa: el coronel Viel, militar de la gloriosa época de la Independencia, acababa de adquirir la isla de Valenzuela, hoy conocida con el nombre de la isla de Teja, y cifraba en semejante adquisición todas sus esperanzas de fortuna. Era el coronel persona pobre, y con esto creía asegurado el porvenir de sus hijos. Mas, al ver la situación en que los nuevos inmigrantes se encontraban, no vaciló en darles a precio de costo las tierras en las cuales cifraba todas sus más caras expectativas, dividiéndolas en pequeños lotes distribuidos entre los colonos alemanes recién llegados. Allí se establecieron los primeros emigrantes del *Hermann*, los Andwandter, los Phillipi y otros que debían traer al país valioso contingente de industria y de saber, de civilización y de fortuna.

La colonización de la isla de Teja vino a traer ejemplos de moralidad y de industria a los criollos, y fué el punto de partida de una poderosa corriente de savia que habría de dar vida a toda nuestra población del Sur de Chile.

La fuente alemana del Parque Forestal viene a traernos esos recuerdos de una época todavía no muy lejana, pues no hará más de sesenta años desde que esos primeros colonos alemanes contemplaron maravillados el espectáculo del puerto de Corral, rodeado de bosques que van desapareciendo solamente ahora, brutalmente cortados por la nueva industria. Los nietos de aquellos hombres han venido a dejar un grandioso recuerdo en su nueva patria.

LUIS ORREGO LUCO



LA MUJER Y EL LEON

# Un gran Baile de Fantasía



Sra. Mercedes Agüero de R.



Señorita Ester Agüero



Sra. Teresa C. de Concha e hijos



El hermoso palacio del Sr. Concha



Algunos de los asistentes al baile



Señor don Eduardo Salas U.

En la vida santiaguina, los bailes de fantasía suelen ser acontecimientos sociales de primera magnitud, algo así como las piedras miliarias que entre los antiguos separaban las épocas diversas por medio de grandes acontecimientos que sobresalían como cimas sobre la vulgaridad de los tiempos; decían, así: "esto pasó en la época de la avenida grande", es decir, cuando el Mapocho, por un verdadero abuso de confianza, se salió de madre introduciéndose por el medio de la Alameda; también se recuerda la época del terremoto, como si fuera una fecha muy fausta y digna de memoria. De igual manera suele citarse la fecha en que tuvieron lugar los grandes bailes de antaño, acaso porque fueron verdaderos terremotos y avenidas para el bolsillo de los padres que vino a quedar escuálido, terminada la fiesta.

Así, el escritor distinguidísimo y brillante que firma con el seudónimo de *Gaverra*, nos ha referido las épocas de antaño, con los grandes bailes dados en casa de Tocornal, en aquella época inolvidable en que fueron jóvenes y bellas muchas damas que ahora ostentan nevada cabellera.

Muchos otros grandes bailes de fantasía han dejado huellas en la historia bastante interesante de la sociedad santiaguina, como el célebre de don Claudio Vicuña, en 1877 y el de Víctor Echaurren en 1888.

Las fotografías envejecidas de los personajes de antaño, nos muestran hermosas mujeres como las señoras Laura Cazotte y Rosa Orrego de Antúnez, figurando en el de Vicuña. No menos hermosas fueron las damas del baile de fantasía de Echaurren, entre las cuales ostentaron su aristocrática belleza damas

como la señora Blanca Vicuña Subercaseaux y Teresa Cazotte, solteras en aquella época; Anita Ovalle, Leonor Sánchez, Javiera Ortúzar, Enriqueta y Lucía Vergara, Emiliana Concha y tantas otras señoras que se hallaban en todo el esplendor de su gracia y de sus encantos juveniles. El tiempo y los acontecimientos han dispersado a los caballeros que más sobresalieron en aquellos bailes de fantasía, como el malogrado Carlos Robinet, que lucía un admirable y valiosísimo traje de "chino" auténtico, de lujoso mandarín, digno de gobernar una de las provincias más importantes del Imperio. El doctor Marcial Guzmán se presentó admirablemente de *Nelusko* y *Jerry Phillips* de Coronel Douglas, de "Doña Juanita".

Muchos de los escritores o políticos del día se presentaron entonces vestidos de pajes o de jóvenes marqueses; hay millonarios que fueron entonces de *Incredibles*, y hasta un futuro Presidente se presentó en traje carnavalesco. Es que hay un placer exquisito en derrochar la vida alegremente, en fingirnos, por una noche, un mundo encantado, en el cual seamos reyes y señores, y todos nuestros ensueños puedan realizarse por completo; la fantasía vale siempre más que la realidad, por lo cual no es raro que las acciones con dividendo positivo valgan a menudo menos que las de minas de dividendos problemáticos, pero inmensos dentro de los dominios de lo posible. Es que las ilusiones tienen su valor real que sólo comprendemos al perderlas o cuando los años nos obligan a retirarnos de la vida.

El gran baile dado el 15 de Octubre último por la señora Teresa Cazotte de Concha, dejará grandes recuerdos en la sociedad santiaguina, como uno de los más espléndidos de nuestro tiempo. Pasarán los años y nuestros nietos oírán que se habla de él como de cosa fantástica por su elegancia y por su lujo.

Desde luego, la casa del señor Enrique Concha es uno de los palacios más espléndidos de Santiago; fué construída en la época en que Díaz Gana figuraba como uno de nuestro millonarios con todo el lujo y la fantasía de un minero que arrojaba por la ventana el dinero sin contarlo, como si dispusiera de los tesoros de Golconda. Para nuestros mineros la moneda no tiene valor alguno—sólo vale el tesoro oculto en el fondo de la tierra, en las entrañas oscuras y misteriosas de las montañas, entre rocas primitivas. Por eso Díaz Gana construyó el magnífico palacio con maderas raras y techos espléndidos, cúpulas orientales y dorados de toda una suntuosidad que recordaban las habitaciones del Bósforo, de riberas encantadas y las visiones de Oriente descritas por Pierre Loti en sus páginas tan llenas de colorido y brillo.

Las palmeras han crecido y se han desarrollado de entonces acá, en poder de sus nuevos dueños—que poseen el palacio desde hace veinte años—y junto con las palmas han crecido las hermosas niñas de la casa, igualmente seductoras y esbeltas, bajo aquellas cúpulas que hacen recordar las de Constantinopla y las mezquitas que se alzan a orillas del Ganjes sagrado, en la India.

Semejante palacio ha sido hecho para bailes de fantasía, para reuniones en que se levante un mundo muerto, un mundo de ensueño, como aquel en el cual, según la leyenda, dormía una princesa encantada, esperando que, transcurridos los siglos, vinieran a

despertarla—y pasó el tiempo hasta que un caballero llegó y halló el palacio habitado por gentes de otras edades y de otros trajes. Un baile de fantasía en tal palacio Concha es como la reproducción de la historia de la Bella Encantada durmiendo en el bosque.

Y así fué; la fiesta resultó maravillosa. Las líneas orientales de sus cúpulas estaban maravillosamente iluminadas por hilos de luces que resplandecían en la noche como diamantes, mientras en el interior del edificio brillaban las bellezas de muchísimas mujeres, en las cuales no se sabía qué admirar más, si la gracia encantadora de las andaluzas o la deliciosa sonrisa de la Corte de Luis XV. Por allí desfilaron monarcas de otros tiempos, en busca de una reina que acaso no parecía; convencionales del Terror, Príncipes

y Condes, Césares romanos que, si no incendiaron a Roma, como Nerón, dieron prueba de apetito, como Vitelio, a la hora de la cena; hubo toreros y diplomáticos, aldeanas rusas, persas, marquesas del siglo XVIII, mariposas—todas las niñas debieron de llevar ese traje—y egipcias, pastoras y pescadoras.

Como se trata de una fiesta excepcional, bien vale la pena de dejar consignados los nombres de algunas de las bellas asistentes.

Entre las señoritas:

Josefina Vial Freire, persa; Julia Alissadri Altamirano, africana; Josefina Valdivieso Barros, persa; Elena Fabres Blanco, persa; Teresa Aldunate Errázuriz, turca; Lucrecia Cerda Silva, oriental; Julia Tagle Aldunate, oriental; Marta del Río, india oriental; Luisa Fóster Alcalde, turca; Esther Agüero Herboso, india oriental; Inés Larraín Echeverría, egipcia; Sara Besa Montt, oriental; Raquel Echaurren Herboso, turca; Adriana Barros Puelma, persa; Adriana Lyon Lynch, holandesa; Esther Echaurren Clark, campánula; Clarisa Larraín Cotapos, pastora; Raquel Echeverría Cazotte, maitre; Rebeca Valdivieso Valdés, Luis XV; Raquel Aránguiz Vicuña, Luis XV; Adela Balmaceda Pérez, Luis XV; Delfina Edwards Bello, polita blanca; Sara Izquierdo Valdés, Luis XV; Luz Ovalle Castillo, crocoviana; María Cristina Palmaceda Valdés, Marquesa de Pompadour; Victoria Claro Salas, pastora Luis XV; Sara Ovalle Castillo, aldeana rusa; Sara Morandé Campino, segundo imperio; Adriana Toro Astaburuaga, vendedora de pájaros; Adriana Larraín Morandé, Manon Lescaut; María Varas Izquierdo, mariposa; Blanca Zañartu Luco, imperio; Manuela Ossa Lynch, holandesa; Delfina Montt Pinto, pescadora napolitana; María Willms Montt, invierno; Irene Lecaros Barros, pescadora de Nápoles; Teresa Valdés Ortúzar, mariposa; Adelaida Guerrero Cood, botón de rosa; Sofía Zegers Tupper, Luis XV; Virginia Zegers Tupper, gitana María Alcalde Valdés, mancha; Emma Tagle Aldunate, pierrotte; Blanca Tagle Aldunate, 1830; Marta Walker Linare, gitana; María Edwards Mac-Clure, 1840; Raquel Borgoño Barros, azucena; Carmen Morla Lynch, 1830; Elena Saavedra Baeza, florista Luis XV; Gabriela Hurtado Alcalde, imperio; Luisa Besa Rodríguez, lirio; Isabel Pérez Peña, gitana; Adriana Izquierdo Phillips, Luis XV; Rebeca Izquierdo Phillips, caperucita roja; Rosa Eloísa Matte, Carmen; Elisa Valdés Freire, Luis XV; Elisa Barros Puelma, aldeana sueca; Paulina Barros Puelma, Pierrette Luis XV; Emma Subercaseaux Ovalle, alsaciana; Teresa Hurtado Concha, Carlota Corday;



Señora Luz Lyon de Pereira, señor Ismael Pereira y señor Carlos Pereira

Elena Phillips Reyes, aldeana Luis XV; Mercedes Phillips Peña, normanda; Casilda Pérez Peña, Luis XV; Carmen Cruzat, Manon; Cristina Riesco Errázuriz, espigadora; Irene Riesco Errázuriz, aldeana Luis XV; Teresa de Agüero Herboso, Manon.

Entre las señoras:

Mercedes Agüero de Ross, egipcia, traje de seda amarillo con espléndidos bordados del estilo, velo verde y pedrerías;

María Cristina Vicuña de Barros, oriental, traje de bordados del estilo, magnífica faja de seda, pulseras, anillos y pendientes orientales;

Sofía Walker de Rivas, española, traje de raso negro, mantón lacre, sombrero de paño blanco, claveles lacres, anillos y pendientes antiguos;

Amelia Gutiérrez de Eyzaguirre, señora antigua, rico traje de seda con vuelos, crinolina, capota adornada de flores, alhajas, quitasol y magnífico abanico de la época;

Rosario Ossa de Matte, oriental, traje de seda amarilla, cubierto de gasa celeste bordado, turbante celeste con aigrette amarillo, pendentif de esmeraldas, aderezo de brillantes;

Elena Errázuriz de Sánchez, traje de seda amarilla, (época 1830), en la cabeza una rica peineta, anillos, pulseras y abanico de la época;

Ida Zañartu de Wedeles, española, traje blanco de seda, con mantón, peineta de carey en la cabeza, cruz y cadena de brillantes;

María Peñafiel de Zañartu, maga turca, traje de seda amarilla y lacre, gorro en punta lacre rodeado de turbante, velo cubriendo la cara más abajo de los ojos;

Rosario Matte de Lecaros, Luis XV, de seda celeste y bordados hechos a mano, aderezo de perlas;

María Godoy de Prieto, mar, traje de seda con peces pintados, gran cola de terciopelo verde con manojos de musgo, aderezo de brillantes;

Ana Lyon de Alamos, traje de seda color cereza, con fichú blanco, peluca blanca, gran sombrero de terciopelo negro, pendentif, hermoso collar de perlas;



Señor Jorge Phillips P.

Oriana Huneeus de Ibar, andaluza;  
Blanca Figueroa de Riesco, andaluza;  
Amalia Rodríguez de Besa, Reina.

Ana Luisa B. de Edwards, Luis XV, traje de seda gris sobre fondo rosado, cabeza empolvada, soitor de perlas y collar de brillantes;

Luz Lyon de Pereira, 1830, traje de seda lila, con crinolina, peinado de la época;

Blanca Ossa de Balmaceda, María de Médicis, traje de terciopelo lacre, con adornos de encaje, peinado de la época, en la cabeza una corona de brillantes;

Ana Matte de García de la Huerta, época Carlos X, traje color rosa con encajes de Inglaterra, aderezo de esmeraldas y brillantes.

Adela Edwards de Salas, María Stuardo;

Francisca Edwards de Hurtado, Luis XV;

Luz Lyon de Pereira, traje brin, época segundo imperio;

Elena Blanco de Fabres, Luis XV;

Clymeni Phillips de Zañartu, oriental, turbante celeste y cinturón de oro;

Adriana Balmaceda de García de la Huerta, Luis XVI; traje color rosa, aderezo de brillantes y perlas;

Etelvina Guachalla de Diez de Medina, Manola;

Inés Besa de Lecaros, Margarita de "Fausto";

Carolina Freire de Vial, María Antonieta;

Carolina Pereira de Correa, Princesa de Lamballe;

Amelia Valdés de Huidobro, Carmen;

Elena Irarrázaval de Quezada, española;

Elisa Walker de la Taille, Emperatriz Eugenia;

Laura Cazotte de Antúnez, María Antonieta;

Josefina Barros de Valdivieso, época 1860;

Sara Campino de Morandé, segundo Imperio;

Marquesa de Montagliari, oriental;

Adelaida Cood de Guerrero, Emperatriz;

María Claro de Peña, época 1840;

Amalia Aldunate de Beauegency, rico traje época Luis XVI.

Laura Barros de Borgoño, época 1850;

## LA TUMBA DEL POETA

¡Oh, las tumbas en que moran los poetas, los que un día cantaron tiernas canciones—alegrando con su musa,—contentando con su prosa—las almas y corazones! ¡Oh qué frías—oh qué tristes son las tumbas en que duermen los poetas!—¿Qué se hizo de sus cuerpos?—¿Qué se hizo de sus lenguas,—¡qué tantas veces repetían las plegarias—de sus sueños!

¡Oh las tumbas en que duermen los poetas!—Oh las ansias infinitas de su vida condensada de tristezas—era que su tumba ornasen unas flores olorosas enlazadas por las manos que inspiraran sus ternezas.—Mas la ingrata olvidadiza no escuchó la plegaria del poeta que al morir le suplicaba—que nunca olvidase la tumba de aquel que tanto la amaba.

Y la tumba del poeta enamorado—sin las flores olorosas—sin las manos amorosas que él soñara—está sola, está triste—parece que se lamenta de la ingrata que no cuida de las flores del poeta—del ausente, del que en vida la adorara—del que en vida la cantara.

Y la tumba del poeta está triste y solitaria; ni la cuidan jardineros ni le rezan sus plegarias. ¡Ni le llevan una flor al que en vida las sembrara!...

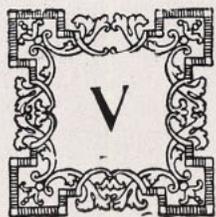
¿Mas qué importa que no vivas en el corazón de la ingrata que en vida quisiste tanto?... Si vives en el ambiente, si existen en todas partes—si eres el dios que revives el corazón a la dicha y al encanto.

Tú vivirás en la tierra—tú morirás en el aire, en el mar y la extensión—tú vivirás en el cuerpo, tú vivirás en el alma, en los cielos y en el espacio—en las estrellas y el sol—y en todos los corazones que puedan latir de amor...

Y tu tumba solitaria—sin las flores que soñaste aunque está triste y olvidada—la contemplan con cariño—la miran con sentimiento por lo mucho que sufriste—por lo mucho que quisiste a la ingrata que no lleva ni una flor—a la tumba milenaria.

JOSE RODRIGUEZ FAILDE

# LA VIDA INQUIETA



VIVIMOS muy de prisa... ¿Cuántas veces hemos oído repetir esta frase?... En una página de novela, en un cuento, en un artículo periodístico, la vemos surgir, como obligado ritornelo. Vivimos muy de prisa... Así lo afirman, no ya los escritores, sino los hombres todos, la multitud confusa y anónima de la cual aquienos son un reflejo; es, como si dijéramos, un principio aceptado del común vivir.

Ahora, si pretendemos comprobar la verdad de tal aserto, fácil nos será conseguirlo. El vivir sosegado, ecuanime, sedante, de otros tiempos, pasó a la historia. Cuando leemos viejos libros o escuchamos relatos de viejas gentes, pensamos:—Hé aquí a los hombres serenos.—Y no bien echamos una hojeada a lo que constituye ese maridaje sutil que representa la exteriorización de nuestras actividades, nos sorprende la rapidez, la violencia de la vida contemporánea. Las industrias, el comercio, la política, la enseñanza, todo contribuye hoy a intensificarla. Un nerviosismo morboso la anima. Asegurárase que como al duque de Morny, en la novela de Daudet, un nuevo y misterioso Jenkins nos ha inyectado alguna diabólica sustancia, a fin de centuplicar nuestras emociones y sensaciones.

Todo lo hacemos de prisa. Amamos de prisa. Comemos, dormimos, pensamos de prisa. A veces ni siquiera pensamos. (¿Será ésta la razón por la cual, en nuestro tiempo, no se ha inventado un nuevo sistema filosófico?). La rapidez misma de nuestro vivir en sus manifestaciones extremas, halla eco, como es natural, en lo interno. Almas imposibles de concebir en el presente serían las de los místicos. Almas que no podrían identificarse con las nuestras, las de los pensadores que, como Emanuel Kant, confiaron al reposo lo más hondo de su pensar. Almas extrañas, las de los artistas que consagraron a la realización de una obra su existencia toda, sin sobresaltos ni impaciencias.



No son nuevas, en verdad, estas observaciones. Sin darnos de ello cuenta, venimos repitiéndolas de tiempo atrás.

El último en traerlas a colación, aplicándolas al arte, ha sido Jacinto Benavente en una hermosa crónica, a propósito de un libro de Azarín, recientemente publicado—que a mi vez me propongo comentar en breve.

Dice el ilustre autor de "La Princesa Bébé" que, en la actualidad, "la obra literaria, el arte moderno en general, aún en lo más serio y meditado, adolecen de inconsistencia, con aire de improvisación, de algo ligero y provisional".

¿No admitís que tal aserto no es más que una consecuencia de lo que comúnmente afirmamos acerca de la vida contemporánea? Esa inconsistencia, ese carácter ligero y provisional que Benavente descubre en la obra de arte, lo percibimos en cuanto nos rodea. Si las pasadas edades fueron fuertes y tranquilas, como lo revelan por sus empresas—que hoy suelen parecernos gigantes,—por sus ideales, algo más consistentes y bien cimentados que los de hoy, por sus costumbres, nunca tan atormentadas y sujetas a enfermismos nerviosismos cual la nuestras; si las pasadas edades, insistió, poseyeron en alto grado ese don de ecuanimidad, de energía, que alcanzaba relieve en las artes, la actual, en cambio, descuella por su agitación creciente, por su fiebre de actividad que la impide detenerse demasiado en la realización de una obra; porque produce mucho, infinitamente más que las anteriores, en cuestión de arte, pero de la cual quedará bastante menos de lo que quedó de siglos pretéritos.

"En cada época—escribe el insigne comediógrafo,—hay un género literario dominante que, por decirlo así, da el tono a toda la literatura de una época. Hay un período li-

terario épico, hay otro dramático, los hay líricos y los hay novelescos.

"En la época actual el género dominante, el que da el tono a toda la producción literaria, tal vez a toda la producción artística, es el género periodístico. La literatura periodística domina sobre todo el Arte moderno.

"El poeta lírico, el autor dramático, el novelista, el orador sagrado, el historiador, pintores y escultores; todos ellos son periodistas en sus poesías, en sus dramas y comedias, en sus novelas, en sus sermones, en sus historias en sus cuadros y en sus estatuas.

"La actualidad periodística con alas de mariposa; polvillo de sus alas, tinta fresca y pegajosa de imprenta, es la musa del Arte moderno".

La observación, a mi modo de ver, es exacta. Es exacta por lo que atañe a la península, por lo que atañe a Francia y a otros países cultos de Europa; y no digo nada de los Estados Unidos, porque ahí el periodismo ha ejercido siempre influjo sobre las letras, como lo demuestra la enorme propagación del "magazine", vehículo el más apropiado para distribuir, a precios moderados, raciones de literatura barata.

Ni hay en Flaubert que tarde diez años en dar a luz una "Madame Bovary", ni un Heredia que consagre toda su vida a la composición de un pequeño volumen de versos. El caso del argentino Enrique Larreta, que fué a encerrarse en las rojizas murallas de Avila, para escribir en un lustro "La gloria de don Ramiro", considérase excepcional. El comercialismo ha invadido las letras. Por centenares se producen ahora libros; pero, ¡qué libros! Entre mil, apenas si habrá una docena que merezcan el dictado de obras maestras. En España misma—para circunscribirme al ambiente en que vive el autor celebrado de "Lo cursi";—en España, cuya producción es bastante inferior en número a la de otras naciones, como Francia o Alemania, la oferta supera ya a la demanda; hay más libros que lectores. De algún tiempo acá hánse establecido grandes casas editoriales que inundan los mercados de la Península y de América de verdaderos abortos literarios. Es incontable el número de libros malos flamantes, olorosos todavía a tinta fresca, que nos llegan por cada correo: novelas, comedias, crítica, poesías... ¡Y entre la nube de escritores, cuán pocos que valgan la pena! Fuera de los ya consagrados: Marquina, Valle-Inclán, Baroja, Azorín, Maeztu, Miró, Benavente—y algunos más que no recuerdo,—ninguno admite ser comparado con los del glorioso núcleo de la generación pasada, en el que formaron los Menéndez y Pelayo, los Galdós, los Valera, los Pereda, la señora Pardo Bazán...

Y es que—como dice el gran dramaturgo,—la actualidad periodística con alas de mariposa es la musa del arte moderno...



Detengo mi comentario, y pienso:—¡Qué dichosos, si pudiéramos decir lo mismo!

La esta exclamación involuntaria, amargamente espontánea, me contrista.

Es que al hablar del arte en los tiempos presentes, de lo rauda de la vida moderna, reflejado en la manifestación estética, olvidéme de que aquí tal rapidez y afán de improvisar no aparecen por ninguna parte. Y lo peor es que tampoco podemos vanagloriarnos de lo otro: de la fecundación reposada, tranquila, de obras maestras.

Muy pocos escriben; casi nadie lee. Vivimos de prisa, muy de prisa; pero raros son los que han menester del alimento espiritual de los libros, aunque estos lleguen á improvisación y lleguen a las manos impregnados del polvillo de oro de las alas de mariposa del periodismo...

Será que alentamos aún en siglos pasados?

CARLOS GONZALEZ PEÑA.



Doña Luisa González de Echaurren

## CONVERSANDO

### SOBRE ARTE

#### MONVOISIN

La exposición organizada por "El Mercurio" y el comité chileno "France-Amerique" de una parte considerable de la obra de Monvoisin, puede ser considerada como un verdadero acontecimiento intelectual y artístico: y así lo ha comprendido el numeroso y selecto público que, durante toda la Exposición llenó los salones de "El Mercurio". Desde luego, por muchas personas, aún de las que están más al corriente de las cuestiones artísticas, esta Exposición fué una sorpresa y una revelación, porque si bien es indudable que Monvoisin era muy célebre y muy popular en Chile, no es menos cierto que lo era más bien por tradición, por el privilegio de las cosas juzgadas y admitidas, que por el verdadero conocimiento de su obra. Esta tradición, tan arraigada bastaba, es cierto, para probar la importancia que tuviera, en la historia intelectual de Chile su permanencia de quince años en el país, pero no se puede negar que para muchas personas de las generaciones más modernas este papel de iniciador artístico que fué el de Monvoisin, era más bien considerado como un artículo de fe, de los que se transmiten y se repiten sin pensar y sin dar sentido preciso a las palabras, que como el resultado de una opinión personal razonada y consciente. Por otro lado, si la época en que vivió y pintó en Francia pertenece ya a la historia, cuanto más lo será aquí, en que las transformaciones, las evoluciones y los progresos debían en el siglo XIX contarse en la proporción de que diez años de Chile representarían cincuenta de Europa. Por estos motivos—lo poco conocida que, realmente era la obra de Monvoisin, a pesar de su popularidad tradicional, y el carácter ya antiguo de su estilo que lo pone fuera de las discusiones a que dan lugar las escuelas modernas—por estos motivos, decía, una exposición lo más completa posible de esta obra se imponía como una necesidad para fijar la verdadera personalidad del artista y justificar y ascantar su fama de iniciador del arte en Chile—o, en otro caso reducirla a más modestas proporciones, si el conocimiento y el análisis de sus obras probaban que esta fama fuera inmerecida o exagerada.

Pues bien, creo que hoy día no hay nadie que no piense como yo, que Monvoisin ha salido triunfante y mucho más grande que antes de la prueba, y por lo que me toca personalmente

te no vacilo en decir que la exposición recién clausurada ha sido una verdadera revelación. En primer lugar para las personas que no conocían las obras antiguas de Monvoisin, era una ocasión de averiguar si éstas justificaban la opinión admitida y generalizada, de que él era un pintor sobresaliente en Francia, en su época: no se trata aquí de gusto personal y de simpatías de escuelas, sino de saber si, dentro de la escuela y en el tiempo en que fueron pintados, estos cuadros eran obra de gran aliento, de verdadera importancia, y capaces de haber sido altamente apreciados por los contemporáneos; pues bien, creo que, para quien conoce algo de la historia artística y también de la "ciencia" del arte, no puede haber la menor duda a este respecto: telas como los Girondinos, el Alf Pachá, la Blanchell de Beaulieu, la Eloísa y aún el Aristómenes, pueden gustar o no gustar—esa es cuestión de ideas personales, y también de moda, y aún para algunos, de snobismo—pero nadie puede negar que para pintarlos se necesita ser no solamente un verdadero artista, sino también un pintor muy avezado en toda la ciencia del dibujo y de la composición y en todos los recursos de la ejecución y de la factura.

Todos los cuadros anteriormente citados eran, pues, obras de primer orden en la escuela a que pertenecían y se comprenden muy bien que, el autor de ellas fuera muy considerado y respetado por sus compañeros y por el público culto de su tiempo: revelan una seguridad, un dominio del arte, que no se adquieren sino con los más profundos y serios estudios, destinados a poner en valor eximias condiciones naturales de un verdadero temperamento de artista. La escuela de Monvoisin era, además, la en que nada se dejaba a la casualidad o a la fantasía, en que nada se "escamoteaba" y en que para pintar grandes cuadros era preciso no solamente tener condiciones personales de artista, sino también saber

y saber mucho, porque no se podía disfrazar debilidades o vaguedades de dibujo o de construcción con ciertas audacias de efecto o atrevimientos de ejecución; no juzgo: constato. No puede, pues, existir la menor duda respecto a la ciencia y a los conocimientos de Monvoisin y las grandes obras del pintor que hemos visto en la Exposición de "El Mercurio" prueban la realidad de los éxitos de Monvoisin en los salones de París, y explican y justifican de sobra estos éxitos.

El segundo punto interesantísimo que permitió resolver la exposición de Monvoisin, después de conocer las obras pintadas en Europa y de constatar con ellas cuán justificados fueron los éxitos oficiales del pintor, era de



D.<sup>a</sup> Mercedes Vigil de Bascuñán



Doña Emilia Herrera de Toro



Doña Tadea Reyes de Garcia  
por Monvoisin



la vacilación entre las escuelas, entonces en lucha, y en una palabra, el tener más inteligencia y viveza de comprensión, que genio original y creador. En París, si él pintó retratos, fué más bien por ocasión, y seguramente dando a este género muchísimo menos importancia que a sus otros cuadros. Pero, justamente, su viaje a Chile vino a revelar que él era antes que todo un retratista y un gran retratista por el sello especial, por el carácter que supo imprimir a la mayor parte de sus obras de esta clase. Si no hubiera venido aquí, probablemente habría continuado a pintar en Francia grandes composiciones, como las que conocemos y no habría podido desarrollar, como lo hiciera aquí, este don particular suyo de retratista. También, en estas obras chilenas de Monvoisin aparece una facul-



Doña Carmela Mackenna de Yicuña

Retrato de señora

ver si la parte de su obra ejecutada en Chile, respondía a sus antecedentes y, si el retratista—pues aquí se dedicó casi exclusivamente al retrato—estuvo en él a la altura del pintor de género o histórico. Pues bien, la última exposición debe, a mi modo de ver, acentuar y consagrar la gloria del artista, en lo que se refiere a esta segunda parte de su obra, los retratos ejecutados en Chile.

Como tuve ocasión de decirlo en otra ocasión, parece que a cierto punto de vista, Monvoisin encontrara en Chile su camino de Damasco de artista, pues es indudable que en sus retratos pintados aquí desaparece o se atenúa notablemente, el principal defecto, que, hoy día, debido a las nuevas ideas y escuelas, hace para nosotros, disminuir algo el mérito de las obras ejecutadas en la primera parte de su carrera: la falta de personalidad y de voluntad,



ñora Reyes de García evoca una época femenina, pinta un alma y nos hace penetrar en una vida interior: además, tiene, como cuadro, una deliciosa armonía gris y rosada, de una delicadeza, de una distinción exquisitas; la ejecución y la armonía son apacibles, tiernas, y delicadas como han debido serlo los pensamientos y el alma del modelo.

Veamos ahora el general Lastra: aquí ya nada de delicadeza, de refinamientos ni de pureza, pero una vida prodigiosa y una expresión intensa: el movimiento tan natural y tan bien encontrado, el admirable dibujo, la ejecución suelta, todo contribuye a caracterizar no solamente una persona, sino un tipo, el del militar valiente, alegre y del jefe consciente de su poder y de su responsabilidad.

Al lado estaba don Andrés Bello y en el retrato se notaba una ejecución más discre-

Don Mariano Egaña

tad admirable, la de modificar casi instintivamente la manera de pintar según el carácter del modelo, contribuyendo así, por la misma ejecución pictórica, a la caracterización de la persona retratada. Entre los retratos que figuraron en la Exposición, vamos a examinar, por ejemplo, los de la señora Tadea Reyes de García, del general Lastra, de don Andrés Bello y de la señora Luz Goyenechea: son obras de primer orden todas, que podrían colocarse al lado de cualquier obra maestra, en un gran museo: pues bien, las cuatro están concebidas, dibujadas y pintadas de un modo distinto y que parece admirablemente apropiado en cada caso a la idiosincrasia de cada uno de los modelos. El de la se-



Don Agustín Eyzaguirre



Doña Dolores Larraín de Echaurren

ta, más distinguida, más fina; el pincel se volvió aristócrata y reservado para pintar a ese aristócrata del pensamiento. En fin en el de doña Luz Goyenechea hay un relieve, un carácter prodigioso de raza: quien conoce los Pirineos y las provincias vascongadas encuentra en este retrato todos los rasgos de esta raza vigorosa y fuerte, que es el verdadero tronco—el árbol de Guernica!—tan robusto, tan noble de la aristocracia chilena.

Otros retratos de señoras evocaban con su gracia especial y su aspecto algo romántico la época de Lamartine, de Benjamín Cons-



Grupo de niños

tran todavía aquí y en Europa, en que desde un siglo no se han cambiado ni las habitaciones, ni los muebles, ni los tapices o alfombras y en que hasta la atmósfera parece arcaica, con el sutil perfume de flores secas que emana de ella...

Antes de terminar este estudio sobre el pintor cuya gloria—que puede ser considerada en cierto modo como una gloria chilena—acaba de ser consagrada por la Exposición de "El Mercurio", quiero hacer una advertencia y dirigir una súplica a los lectores de "Selecta".

Además de las obras que pudimos conocer, sabemos



Retrato



D. José Squella

tant y de Jorge Sand. Y ¡qué sorpresa no sería para Monvoisin, qué admiración no provocaría en él, el hecho de encontrar a tantos miles de leguas de su tierra y de París—y en una época en que cada legua valdría veint- de ahora!—el mismo aspecto pulcro, y un poco romántico, las mismas actitudes distinguidas en su amaneramiento, y probablemente las mismas costumbres patriarcales que eran las de la gran burguesía francesa y de la aristocracia de provincia de la Francia. Quién sabe si la fuerte impresión que en su alma de artista produjera esta constatación, habría contribuido a dar a sus obras de esa época este intenso carácter, que sus cuadros anteriores no permitían esperar! ¡Cuántas veces no viene uno a notar, en casa ajena, rasgos y caracterizaciones que, aunque existiendo en el mismo grado, pasan desapercibidos en la propia!

Por eso la visita al Salón de "El Mercurio" nos transportaba a otra época y nos hacía—yo, por lo menos, tuve esta impresión—experimentar la sensación de entrar en una de esas antiguas casas tradicionales que se encuen-



Blanche de Beaulieu

existen en el país numerosos otros cuadros y retratos: la "Captura de Caupolicán", el "Naufragio" y la "Vida entre las araucanas de Elisa Bravo", "El Mendigo", "El monje en contemplación", "La renuncia de O'Higgins", y un cierto número de cuadros religiosos, entre los cuales descuello el que figura en la Catedral de Concepción y muchos otros. Sería muy importante que el interés despertado por la exposición Monvoisin, hiciera que los dueños de las obras todavía desconocidas u olvidadas de Monvoisin, las señalaran, porque así se podría hacer un catálogo muy completo de la obra ejecutada en Chile por este maestro. Me permito insinuar esta idea por conducto de "Selecta" y añadiré que, habiendo resuelto el Comité France-América, publicar y editar un Album Monvoisin, todos los datos que podamos recibir, dirigidos a "El Mercurio", sobre las obras del pintor o sobre su existencia en América contribuirán a hacer más interesante esta obra de verdadera propaganda intelectual y artística, que además será la corona dedicada al glorioso introductor e iniciador de las Bellas Artes en Chile.

RICHON-BRUNET.



LA FUMADORA

FOTOGRAFIA ARTISTICA

# PABLO ESPADA



El hombre de quien leéis aquí el nombre—nombre poético y predestinado,—era un autor de cuentos y novelas. Tenía treinta años, era bajo de estatura, robusto, de frente pequeña, los ojos negros y lívidos, las mejillas rojas, los labios gruesos y sensuales.

Si para el novelista hay un tipo establecido, que las niñas histéricas y las mujeres nerviosas han imaginado—cabellos negros y ondulados, frente noble, palidez árabe, ojos pensativos, bigote suave, cuerpo esbelto—Pablo Espada no realizaba este fantástico ideal. Dormía profundamente por espacio de siete horas cada noche; su almuerzo componíase de huevos, “beefsteack”, queso y vino; paseaba de arriba abajo por las calles, al sol, comía admirablemente, bailaba, tocaba el piano, concurría a las salas de armas, patinaba, cortejaba a las damas como cualquier excelente, fuerte y cumplido joven puede hacerlo. Tocante a su humor, casi siempre estaba alegre, con breves accesos de melancolía. Gustaba de las buenas compañías, de la charla ingeniosa, de la música de cámara, de las hermosas mujeres de cabeza griega; no tenía fe ni dudas: era indiferente. De vez en cuando cambiaba de amante.

Este caballero, semejante a cualquier otro caballero, era, sin embargo, un cuentista, un novelador. Tenía ingenio, no de aquel que comunmente se llama así en Italia, y del que ninguno carece a los veintidós años, y mediante el cual se escriben odas libres de todo género gramatical, cuentos sin asunto y tentativas de comedia sin conexión, sino un ingenio verdadero, acabado, lúcido; algo que semejara naturalmente al acero. Ninguna morbosidad en su inteligencia, ninguna enfermedad nerviosidad en la fantasía: una salud austera y franca, una robustez casi muscular en el fondo y en la forma. Admiraba a todos los escritores cuyo ingenio, por causas misteriosas, casi siempre fisiológicas, se convierten en enfermedad; rebosaba entusiasmo por las visiones de miedo, lúgubres, sangrientas, desoladoras, que brotan de los cerebros alcoholizados por el amor, por el aguardiente o por el arte. Mas era la suya una admiración de contraste, de oposición: la que el adversario alimenta por el adversario, el saludo de esgrima, el justiciero homenaje rendido al enemigo. Era sano de inteligencia y de cuerpo.

De ahí que su cualidad más sobresaliente fuese la observación. Aquel jovencillo alegre y despreocupado, que respiraba aire y perfumes con las narices temblorosas; que gustaba de las distracciones que el júbilo proporciona pasando de un placer a otro placer, de una impresión a otra, con rapidez juvenil, tenía el sentido y la intuición del observador. Cuando escribía, dijérase que recordaba escenas vívidas o paisajes vistos. Nada de fantástico, nada de creado, nada que semejara a un esfuerzo de imaginación. El arte suyo era potente en la verdad y en la expresión; mas no derramaba poesía.

\* \*

Y, sin embargo, Pablo Espada era el más grande soñador que no haya conocido. Sabía de la secreta voluptuosidad de las horas solitarias, pasadas tendido en un sillón, contemplando el cielo raso blanco, en el cual veíase pintada una corona de rosas. Sabía de las muelles ondulaciones, de los lentos paseos por casa, ante un cuadro, ante un retrato, cerca de la chimenea, tras de los cristales del balcón. Conocía el secreto de los animados paseos de arriba abajo, por las habitaciones, la cabeza inclinada, las manos hundidas en los bolsillos, sin ver nada, tropezando con los muebles, diciendo una que otra palabra en alta

voz. A tales horas, su puerta permanecía inflexiblemente cerrada: ni amigos ni mujeres podían trasponer el umbral. ¡Soñaba! Y era el suyo un sueño tan poco vago, tan poco fluctuante, tan vivo, tan verdadero, tan palpable, que gana le daba de extender la mano para cogerlo. Todos los contornos de su sueño eran definidos, precisos, de una claridad de líneas quizás demasiado fuerte, con un relieve enérgico sobre el fondo. El paisaje se le revelaba en sus reconditeces más oscuras, en sus más ilimitadas lejanías; veíalo como en un cuadro; mejor que en un cuadro: como en la naturaleza. La acción del cuento la veía desenvolverse ante sus ojos con personajes que discurrían, obraban, se movían, se abrazaban, se mataban, mejor que en la escena, como en la vida. Palpitaba; se estremecía, no osaba moverse; no osaba respirar; sentíase conmovido, febricitante, ante su sueño que era vida.

Pero donde su sueño alcanzaba a la más alta cima de sueño y de realidad, era en la creación de los personajes. Los “veía”; se le aparecían, no como fantasmas, sino como personas vivientes; le miraban, le hablaban, vivían con él, con el rostro que les diera, con el mismo cuerpo, con los mismos vestidos, con los mismos ojos, con la misma voz. Esto acontecía, en especial, con las mujeres. Venían a su encuentro en las horas de ensueño, jovencitas de pelo castaño, de ojos llenos de luz y de bondad, de sonreír sencillo; mujercitas rubias y delicadas, de agraciado andar, de labios de carmín; morenas espléndidas, de ojos de bayadera, de boca provocadora y voluptuosa; virgencitas pálidas y místicas, de rostros exangües y enflaquecidos cuerpos; pecadoras de ojos enrojecidos y de mejillas pintadas. Venían hacia él vestidas de raso, de lana, de oro y plata, o andrajosas; pero todas fulgurantes de belleza, sonrientes de bondad, derramando melancolía, despidiendo el perfume del cielo o el perfume de la culpa. Venían hacia él; sentábanse; le narraban la propia vida; lloraban; reían, apoyaban la cabeza sobre sus rodillas, canturreaban una cancioncilla, musitaban versos llenos de dolor, tocaban en el arpa una tarantela, deshojaban flores; luego, como Ofelia, partían para volver más tarde. Él las conocía, las llamaba por su nombre, conocía sus vidas. Alguna, la más extrañamente bella, la más misteriosamente encantadora, la más alegre o la más triste, le abrazaba y le besaba con dulzura, sobre la frente, y él sentía por ella amor.

Su primer libro de cuentos, todos ellos inéditos, en razón de que no había querido publicarlos antes en los periódicos como es uso, hizo gran ruido y suscitó no pocas discusiones. Nadie, empero, podía negar la potencia del escritor, la fuerte virilidad de su arte, la pureza y simplicidad de sus recursos. Como en todos los primeros libros, advertíase en este un rebullir de ideas, un espeso bosque virgen, todo césped, todo maleza, una condensación de pensamiento nutrida, pulposa. Como en todos los primeros libros, los defectos de forma se salvaban en gracia del ímpetu que todo lo arrastra, del calor que se comunica al lector. Aquel libro atrajo al público. Sin embargo, al final de cada cuento se notaba en el escritor, y se comunicaba al que leía, un sentimiento de malestar, algo así como un embarazo penoso, como un pensamiento latente que llega a distraer de los pensamientos activos. Luego los cuentos terminaban, como truncados, sin conclusión, casi desdeñosamente. Uno especialmente que trataba de una monjita enamorada, concluía de modo tan brusco, tan mal, que la crítica enemiga hubo de señalar este lunar como un defecto serio. La crítica seria respondió que aquel era un desdén artístico, y así pareció a muchos y todos tranquilizáronse, aguardando la primera novela de Pablo Espada.

No fué, sin embargo, novela la que apareció inmediatamente, sino una narración de ciento ochenta páginas, interesante, llena de agudeza, escrita con una profunda conciencia de novelista. Nunca se vieron unidas tanta intensidad y tanta gracia. Era una obra pensada; pero fresca. Mas, hacia el penúltimo capítulo, cualidades tantas se perdían miserablemente, se desvanecían. Echábase de ver ahí la vacilación del principiante que ignora cómo salir del paso. En el último capítulo la protagonista debía "absolutamente" morir; y en lugar de ello, no se sabe cómo, no se sabe por qué, no moría, y, rebotando salud, casábase con un personaje cualquiera. Era una vulgaridad indigna de un artista. Después de inacabables alabanzas al principio de la narración, todos censuraron vivamente el final.

Mas después aconteció lo mismo en las novelas de Pablo Espada: sus protagonistas, bellas, buenas, malas, humanas, simpáticas durante toda la novela, al final se volvían triviales y ridículas. Aquella que se suicidaba, no sabía suicidarse lo bastante bien para morir; la que era víctima de una tisis en tercer grado, encontraba una medicina milagrosa que la salvaba, y contraía matrimonio con su médico; la que era presa de la meningitis, sometía-se a un tratamiento violento de quinina y se aliviaba; la que por un traicionado amor quedaba reducida a la última desesperación, consolábase porque sí, burguesamente. A veces acontecía, como en los primeros cuentos, que alguna desapareciera sin que de ella volviera a tenerse noticia. Y, de esa suerte, un tremendo, un intenso drama psicológico resolvíase en un matrimonio o en un día de campo. Y, así, la obra de arte toda hundíase, se aruinaba, con aquellos finales ilógicos, absurdos, burgueses; último trazo en que la pérdida valentía del artista perdía al libro. Se dijo de él que era débil, que su ingenio tenía lúcidos intervalos con alternativas de obscuridad; afirmóse que sabía empezar sus libros, más no concluirlos. Se popularizó tal leyenda y la reputación de novelista de Pablo Espada hubo de perderse entre las infinitas mediocridades que pululan en el campo del arte.

\* \*

Yo conocí su secreto. Una noche, en un momento de expansión amistosa, mientras yo le interrogaba con los ojos sin hablar, me narró largamente, y con frases entusiastas, toda una novela suya. Me cuidé de interrumpirle, admirando aquella hermosa fisonomía de hombre gallardo que se iluminaba.

—Y la protagonista, ¿cómo acaba?— pregunté.

Pero me arrepentí bien pronto de haberlo hecho, al verle palidecer.

—No sé—respondió vagamente—no sé.

—Escucha—repuso luego de un silencio penoso—escúchame, ya que voy a decirle lo que no he dicho a nadie. Te explicaré cuál es el tormento de mi existencia, la ruina de mi ideal de artista.

Créeme: para mí, la ficción de lo que escribo es tan cierta como la vida.

En torno mío, mis héroes existen.

En mí, conmigo, para mí, existen mis heroínas.

Las evocó: vienen.

Las he creado yo, son mi vida, forma mía, me pertenecen, me aman.

Yo las amo también,

sin limitaciones, sin medida, con la más ciega pasión.

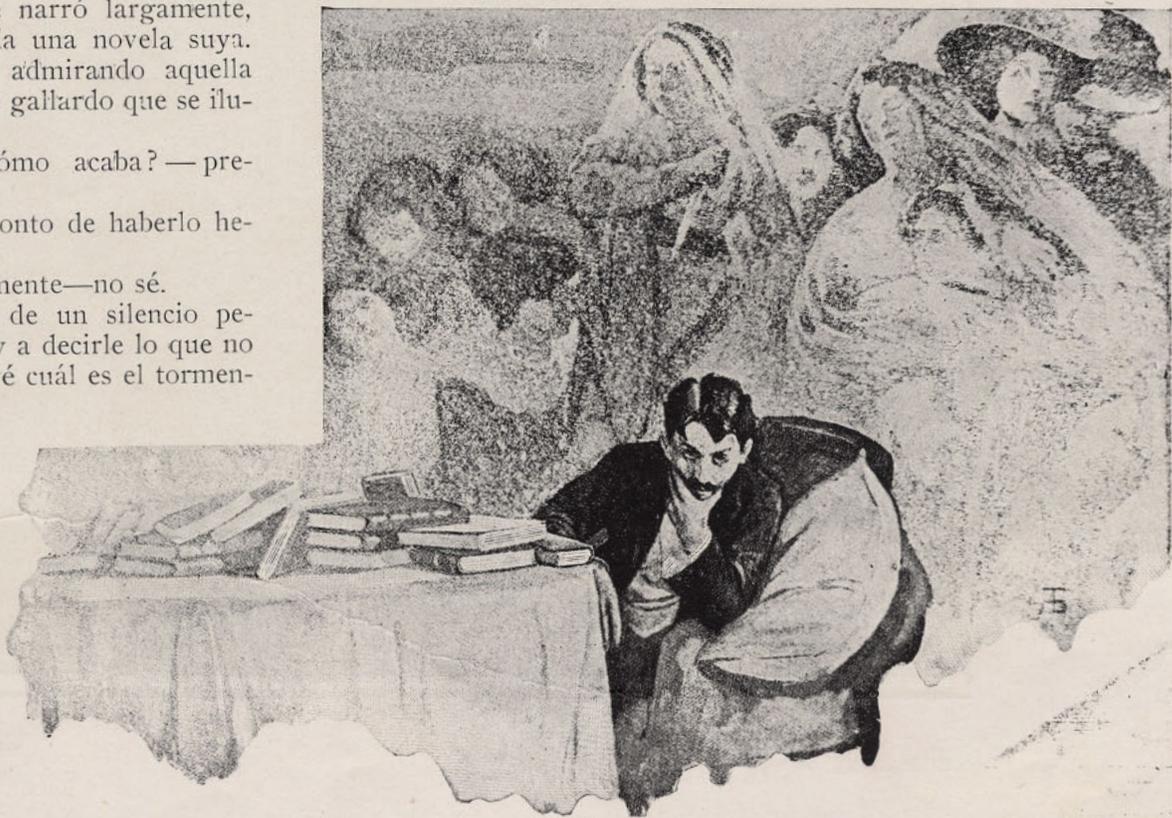
Las amo inmensamente. Mi amor no es Rosina, a la que tú conoces: es Fulvia, de la cual soy el creador y el amante. Fulvia, figura ideal, para mí más mujer que Rosina.

Escribo sus historias henchido de una emoción que me ahoga, como si contase la vida del ser que adoro. Escribo, escribo, feliz, entusiasmado de hacer saber al público sus bellezas y sus amores; exaltado a la idea de que estas divinas criaturas harán palpar otros corazones. Otros como yo amarán a estas chiquillas celestiales y amorosas, a estas mujeres apasionadas. Experimento con éllo, el placer más profundo que sea dado experimentar a espíritu humano.

Pero cuando sus vidas declinan, una sutil angustia me vence; las amo, no puedo verlas declinar; las amo y me dejo invadir por la melancolía, cuando están enfermas de una enfermedad que debe hacerlas morir; me siento lleno de desesperación al precipitarse ellas en la catástrofe a consecuencia de la cual han de perecer, porque las amo. Yo, que las amo, debería matarlas. Breve o largamente, debería describir su agonía y matarlas luego. Y no puedo. El corazón se me desgarró; no puedo. Me parece como si matara a traición a una persona viva y sana; me parece como si ahogara, en un rincón obscuro, a una mujer sin defensa; como si degollase de noche a un niño. No puedo asesinarlas. ¿Por qué quitar la vida a la amante que es bella, que es buena, que no me ha traicionado? No puedo, no. Tengo horror de mí mismo y no puedo. Aguardo; pienso, reflexiono, me torturo. El arte me dice: Fulvia debe morir. Y yo le respondo llorando: ¡No quiero que muera! El arte me dice: ¡Mátala! Y yo me consumo de dolor, gritando: No puedo, porque la amo. Espero. ¡Oh esperar tormentoso! Nada pasa. Entonces salvo a mi criatura agonizante, de la manera menos artística y más vulgar que pueda darse. ¿Y no es esto ridículo y desgarrador?

Esas adorables figuras que yo no sé matar, lo matan todo en mí: la felicidad y la gloria. Su vida me da la muerte.

MATILDE SERAO.







# TIERRA Y CROMOS

## LA LUZ

¿Qué indefinible, misterioso ritmo nos une a las coloraciones de la luz? ¿Por qué sutil afinidad de vida enlazamos el giro de la sangre a las modulaciones del color? ¿Dónde principia y dónde concluye la emoción de alegría o languidez en que nos bañan los azules risueños o los grises hastiados?... Cuantas veces hemos visto descender la última gota de cielo vespertino sobre el verde confín de las llanuras infinitas, y cuantas hemos visto desvanecerse la postrimera llama del sol en el límite bruñido de los mares violáceos, el refugio de la luz nos ha impregnado de la misma cadencia augusta con que la claridad se disipaba en la sombra. Por sobre el imperio de la pupila serena, la luz celeste nos dirige, nos lleva en sus largos ensueños atmosféricos, nos alegra con la frescura de sus idilios matutinos, nos enciende con la calidez de sus epopeyas crepusculares. Sosegada o tumultuosa, la luz nos liga al despliegue de sus modulaciones, en las que, a veces, la vemos concentrarse, fija como la idea, en el punto, en un viso; caer del verde de las hojas, lucir en el muaré azuloso de las aguas, o atravesar, furtiva y oblicua, los ramajes, para mostrarnos con trémulos rayos el misterio de una selva sombría; y otras, disolverse, difusa como la emoción, en la vaguedad de la atmósfera, en la transparencia de lo infinito, adherirse al contorno divagante de las nubes y colorearlas con sus grises. con sus rosas, con sus oros. De la fijeza vívida, a la dispersión dilatada y vaporosa de la luz, nuestra estimativa visual recorre los tonos más sutiles, y se detiene, absorta, en los que indican la unidad del alma y de la tierra, en los que insinúan, con un punto fúlgido, una chispa de la mente, o con claridades indecisas, efluvios del corazón. Porque, ¿quién no ha reconocido algo de su propia vida en los matices del cielo, en la entonación de los horizontes? ¿Y quién, asociando la unidad determinada del pensar a la indefinida amplitud del sentir, no ha percibido que el espíritu y la luz despliegan idéntica gama de claridad, desde el fulgor de la idea, al desvaído desparramamiento de los atardeceres? Esta variedad expresiva se complementa, en lo que se refiere a la luz, con el poder que ella tiene de modificar los tonos, de acentuarlos según sea la emoción que los armoniza, de corregirlos hasta cambiar la significación de un aspecto de la naturaleza. Un conjunto de líneas y colores, apto para sostener un efecto eglógico puede, alterada la luz, suscitar una emoción heroica, tal como la frescura de un motivo pastoril murmurado por las maderas, lograría adquirir, al pasar por los bronceos, la calidez de un tema épico. El acento de los colores es tan dominante en las vibraciones psicológicas de la luz, que un matiz sonriente o denodado, lánguido o azaroso, nos conmueve, impregnándonos de sutiles resonancias morales, como el tono de una frase alegre, amarga o triste.

Enardecida la sensibilidad por el roce inefable de la luz, languidece ante el matiz cinéreo, se exaspera ante el fúlgido, y de acción en reacción, se consume en los sueños de un eretismo visionario... Mas, ¿no somos nosotros los que lucimos en el reflejo del pedrusco, en la chispa de la estrella? ¿No somos los creadores del cielo, de la perspectiva, de los paisajes? Sí; desde donde sigamos con la vista las sinuosidades de la línea que corre por el horizonte, sentiremos que su fuga es energía escapada del espíritu; y desde donde veamos una mancha iridiscente que acuerda sus matices para expresar una emoción de luz, sentiremos que su ritmo es una onda escapada de la sangre. Porque, si la luz nos doblega cuando diluye en el aire sus tintas, simplificadas en las auroras hasta la sencillez de un lila único, y combinadas en las tardes hasta la complejidad de los rojos múltiples, el artista puede someterla, considerándola en determinado aspecto, al dominio de los ojos, analizar el despliegue ordenado o revuelto de sus tonos, hacer la vivisección de sus colores mientras se consume en los rosas, se incinera en los grises, o se carboniza en las sombras. Para ello, la pupila busca el punto dominador de un pedazo de la tierra, del mar o la montaña, se posa en el temblor de su verde, azul o púrpura, descompone sus elementos expresivos, y los analiza con agudez visual que llega al dolor si no a la concupiscencia de la sensibilidad cromática.

Pero, ¿cómo y dónde hallar la pinta ductriz, la pincelada rútila

o cinérea que nos oriente en el vértigo de los colores? ¿Y, al hallarla, cómo interpretar su claridad en flor, para sentir en toda su amplitud el desenvolvimiento de sus efluvios morales? Porque, si es cierto que la minuciosa pupila de hoy ha modificado la visión pictórica de la naturaleza, que se olvida de los colores ingenuos por los exquisitos y raros y que los percibe tanto en la afinidad y repulsión de sus luces como en la atonía y exasperación de sus contornos, no lo es menos que, aún al seguir atentamente las degradaciones de la luz, el punto céntrico de la visión, el matiz subjetivo, la chispa de ocre o la vírgula de cobalto en que quisiéramos ver el principio de un sentimiento dominador de la armonía luminosa, se pierde muy a menudo, para el artista inexperto, en el tumulto de las claridades y las sombras. Mas, cuando perseguimos esa pinta moral, con sensibilidad atenta y aguda, no tardamos en asirla para presentarla al comentario de nuestros ojos. Es, a veces, la volúbilis mustia que, retrayendo sus pétalos, como idea que muere y descolorando su azul, como esperanza que se extingue, cae de la enredadera estremecida por el aura, y otras el pedrusco anónimo que, arrojado a la playa por ola tumultuosa, recogemos, al ver sus lunares de malaquita o de sardónice, para vibrar con el contacto de su verde en que la luz sueña, o de su múrce, en que la luz sangra. La volúbilis y el pedrusco serán, para algunas pupilas, inexpresivos gestos de la naturaleza; mas, para el poeta perseguidor de lo ínfimo lúcido y de lo magno sombrío, son gérmenes de ensueño, capullos de horizontes...

Estos signos son además pinceladas vigorizadoras por contraste, de los motivos pictóricos, la lágrima de los risueños, la sonrisa en los dolientes los que definen la coloración alegre o triste del estado anímico sugerido por la luz en la hora de los matices vívidos, cuando vaga por la tierra uniendo el verde de los brotes a los últimos mordorés de los troncos, o cuando, en la hora de las tintas quebradas, se diluye en los paisajes de otoño, armonizando el amarillo de las hojas con el violeta de los cielos crepusculares. Son la luz de nuestra emoción, la que domina, la que, a veces, nos muestra una inmensidad en un matiz, y otras, no nos deja ver sino un matiz en la inmensidad. ¿Quién nos lleva en la memoria el recuerdo de algunas de esas perspectivas en que no hemos visto más que el color propicio a nuestro estado moral?

Era en la playa. El sol, oblicuo, descendía lentamente sobre el límite postrero del mar. Desde la sumidad del cielo nuboso, un toque de bruñido azul regía el desvanecimiento de las luminosidades aéreas y enlazaba el celeste opalino de los bordes claros de las nubes con el ultramar de las aguas, que, lúcido en el vértice de las ondas, se argentaba por la opacidad de las brumas nacientes y verdecía en el confín, al desleírse en los últimos y desparramados tonos del amarillo solar. El aire, la sombra de los peñascos, las manchas oscuras de las arenas mojadas y el blancor de las espumas arrastrantes, aparecían veladas por la sutilísima espolvorización de los celestes caídos del cielo. Después de seguir con la mirada el despliegue de las modulaciones unicolores, nos vimos en un instante de introspección, teñidos también de azul, de alegría, no como simple matiz inflexivo de la claridad evanescente, sino como el más claro de los tonos, en medio de las cerulescencias que se descogían del cenit y se elevaban del mar, lentas y rítmicas en su divagación de savia animadora de las transparencias florales del crepúsculo. Después, descoloridas las grandes manchas del cielo, la oscuridad naciente no esbozó una visión pictórica sombría, sino clara; sus grises participaron de la alegría célica, de las frescuras azules, sin nada medroso que recordara la lucha de los crepúsculos en que la noche, rodeando a la luz, estrechándola con envoltura compresiva, la oprime, la doblega, y la persigue hasta en la fuga de la última claridad rosa de las nieves o de los peñascos, en las montañas. La coalescencia de los celestes y negros exprimía del aire una luz tan volatilizada que la respiramos como el aroma del instante, mientras seguíamos, absortos, la descoloración de las transparencias, mustias, bajo el sereno avance de las sombras.

La sensibilidad, concentrada en la percepción sintética de un

aspecto de la luz, puede descomponerla y tomar del desramamiento de los colores, el más propicio para teñir la profundidad de un ensueño o de una emoción. Pero, este poder, que ejercitamos sin notar que es casi ilusorio, desaparece ante la acción misteriosa de la luz; ante los gérmenes morales que ella desparrama en nuestra sensibilidad con la entonación de las horas grises, cerúleas o blancas.

¿Dónde está el ser manumitido de la luz? ¿Dónde el que no se haya penetrado de la indolencia de los gualdas o de la gallardía de los purvios atmosféricos? ¿Por qué reactivo determinaríamos la dulzura despertada por los confines agrestes, ni la fuerza enardecida por el perfil heroico de la montaña, ni el espíritu de dominio avivado por la línea invasora de los mares? La sensibilidad, penetrada de los tintes aéreos, exprime en sus ensueños la luz absorbida, los azules que traen la idealidad que en nuestras adoraciones musita de cielo, o los minios que aportan la arrogancia que en nuestras exasperaciones murmura de sangre.

La claridad nos obsede. ¿Quién podría salir de sus extremos? Más acá del azul su latido es lánguido y misterioso, llegamos al violeta, a la espiritualización del color; y, más allá del rojo su latido es vívido, fulgurante, llegamos a la ignescencia, a la llama, a la materialización de la claridad. Circuitos por estos límites, ¿a qué onda de luz entregar nuestro destino? ¿Dónde estará la vida de perfección, en la serenidad de la sombra o en el arrebatado de la llama? ¿Será la sombra una purificación de la luz o la luz una purificación de la sombra? ¿Van a la vida o vuelven de ella las flores, los corazones y los astros? El auspicio de la sensibilidad se inclina a la luz, porque suelta las capacidades creadoras. Libertando, con los verdes rústicos, los instintos eglogicos, con los azules célicos, los sueños espiritualistas, y, también, porque nos lleva, de sensación en sensación, hasta estremecernos de frío con el contacto visual de las magnolias niveas, o convertirnos en cenizas, con la ígnea visión de las caléndulas rojas.

Teñida por el horizonte, la luz nos dirige: con la línea del confín crea el vuelo, y con el color determina el rumbo de nuestras aspiraciones. Los que hemos tenido, desde niños, ante los ojos la perspectiva de las aguas oceánicas, y la altitud de las cúspides cordilleranas, imitaremos siempre el heroico avanzar de las olas azules, y siempre tenderemos a la mística elevación de las alturas blancas... La luz de los términos lejanos es el tinte de la vida, el cruor de la sangre, la clorófila de las hojas en el ritmo luminoso que despierta y aduerme nuestras coloraciones interiores; la claridad moral que nos muestra, en la esperanza, el efluvio de sus cobaltos, en la idea, el fulgor de sus cromos, en el deseo, la llamarada de sus bermellones. ¿Cuál de las perspectivas de la naturaleza que nos circuye dejará de llevarnos en sus delineaciones? ¿El cielo, el mar, la montaña? Al llegar a sus azules, llegamos a nosotros... El cielo es el alma. Desde el primitivo, que prolongó la mirada del hombre, viendo la pureza del espíritu a la pureza de las claridades vírgenes, hasta el de hoy que se espiraliza metafísicamente, enlazando lo fugaz a lo eterno, el corazón a lo infinito, el cielo ha coloreado su inmensidad más con las tintas morales que con los esplendores del sol, y, así, de aspecto en aspecto, teñido de las ensueñaciones sucesivas de las razas, ha dado a sus azules, antes decorativos y anónimos, una fisonomía, un carácter, una patria. El cielo vive, se une a la tierra. Desde el cristalino, duro y cálido de las pampas septentrionales, al sedoso, tenue y frío de los paisajes araucanos, nuestro cielo arde y florece, desmenuzando su infinito vivificador, en partículas ígneas, en partículas húmedas.

¿Estas compenetraciones del cielo y del alma son una sensación ficticia, una verdad o un error? ¿Podríamos distinguir la relación que une los valores luminosos de un momento de la naturaleza a los valores morales de un estado de la conciencia? Es tan sutil la relación entre ellos que, antes de esforzarnos por descomponerla para analizar sus elementos caracterizadores, preferimos entregar a su gracia misteriosa de transparencia de nuestro espíritu, para que la univaloricé con las coloraciones del cielo, el mar o la montaña.

El mar, que ondula entre el arrastramiento y el éxtasis, nos une con tan suelta amplitud al dilatado desenvolverse de sus aguas, que es, para nosotros, lo que en la naturaleza tiene más puntos de similitud con los diversos estados morales... Una mañana de otoño, nebulosa, opalescente, el mar se extendía gris, manchado por las claridades y las sombras transversales de sus lentas ondulaciones plomizas. Aspirando el salino frescor de la espuma y el efluvio yodado de las algas, mirábamos desde una peña roída por el azafrán de las oxidaciones minerales, el ritmo de las aguas laxas y glutinosas que, semejantes al removerse de una voluntad insegura, oscurecida y clareada por sus retraimientos y decisiones alternativas, ondeaban inciertas y lánguidas, pero insistentes, bajo el finísimo polvo de la bruma.

¿Pasó por el cielo alguna ráfaga? Las nebulosidades del aire se aligeraron, palidieron las brumas arrastrantes, las aguas, transluciendo como las cristalinas turbiedades del cuarzo, reflejaron la luz en visos pálidos, las arenas, salpicadas de conchas niveas, se extendieron pesadamente, con el brillo metálico de las limaduras de plomo, y el mar, bruñido y agrandado por la claridad de la atmósfera, desplegó entonaciones verdes, azulosas lívidas. ¿Asomaría el sol? La ola mecía entre las peñas las algas desramaladas. Atentos, esperábamos que la marina taciturna se convirtiese en risueño poema de cobalto y oro; mas, el esperado minuto lírico y transfi-

gurador no llegó al aire ni a las aguas: las diafaneidades incipientes denegrecieron. la penumbra se hizo lóbrega, la sombra llegó al pavor.—¿Cruzaba por arriba alguna nube tenebrosa? Sutil e impalpable, la sombra caía sobre el mar, el gris acuoso estompaba los riscos y velaba las espumas, que, leves y silenciosas, se esparcían por la playa, como lentos puñados de ceniza... Sin dar con el sentido del movimiento de las aguas, ni de la armonía de las brumas, continuábamos en la ribera, entre las rocas fantasmales, cuando—¿se retiraba la nube carbonosa?—el aire lentamente, se clareó; la espuma lució la candidez de la nieve; el agua pulió sus inflexiones morosas, perladas de azul lácteo, y, como si la marina se transformara en ensueño sonriente se iluminaron hasta los matices más indecisos, desde los verdes negruscos de los líquenes a los grises rosados de la atmósfera.

La revuelta alegría de la claridad naciente alegró el mar; pero, apenas menguada, extinguida, la obscuridad volvió, nueva y dominadoramente; las nebulosidades del mar se intensificaron, y los colores del aire y de las aguas se resolvieron en confusa mixtión de tintes y de sombras... Después de sus cerúleas opacidades de turquesa, de sus espolvoreos de negrura y de sus plateadas irisaciones de madreperla, el mar volvió al gris perezoso, al primitivo removerse de sus aguas insomnes, al tardo vaivén de sus energías indolentes, pero cargadas de luces, de ideas y de ensueños.

En el avance volitivo de sus aguas, el mar no se detiene en lo sutil; pasa de los frescos a los óleos, de la espiritualización de los grises matutinos a la mineralización de los verdes y rojos crepusculares. Siguiendo el camino sinuoso que desciende a la ribera por lomajes sembrados de abetos y de encinas íbamos una tarde verniega, perdidos los ojos en la luz, en los colores. De cuando en cuando nos deteníamos a mirar por los claros de las ramas, el relucir de las olas bruñidas, azules, próximas, acribilladas de sol. El aire, traía junto con el aroma de los árboles la fresca salsedumbre del mar; el camino se clareaba y ensombrecía, bajo la penumbra verdinegra de los follajes, con el resplandor del flujo y reflujo de las espumas cercanas; crugía, a nuestro paso, la maraña reseca, y así, torciendo por aquí o enderezando por allá, llegamos a la orilla del talud, a la inmensidad de las aguas rutilantes, que nos cegó, dejándonos inmóviles, ante la ribera opaca, de color de ceniza, los peñascos sombríos, el horizonte lúcido, y el ámbito del cielo inefable ahondado sobre los platas, los cobaltos y los prusias del mar hervoroso. La luz, deslizándose por los bordes de un amplio rompimiento de las nubes cenitales, se escurría de lo infinito. Abajo, relucían las olas; a lo lejos, casi en el límite del horizonte, el sol amarillento fulguraba; subían los vapores de mar, lentos, blancuzcos, tardamente desprendidos de los azules en fusión. El aire, arremolinado, cinéreo y cálido, veteaba sus ondulaciones de celestes verdeantes, y las nubes, próximas o remotas, mineralizaban sus perfiles con tonos de cinc, de azufre, de hierro, de cinabrio... Un momento después, extinguido el sol, la claridad aérea palidicó; amenguaron las calideces de la atmósfera; perdieron las nubes sus rutilancias metálicas, se apagaron, pero las más teñidas, manteniéndose un instante aún, inmóviles, suspensas, esbozaron con tonos mates la visión de un crepúsculo armonizado al pastel, turbio de grises y de rosas, y de pronto, desmenuzadas, desaparecieron unas tras otras, confundidas, revueltas, como si el viento de la noche hubiese barrido el polvo de los colores...

Mas de una vez, ante esta marina y la brumosa de la mañana, quisimos concentrarnos en la percepción de una síntesis visual nuestra, hallar el punto desde donde pudiéramos dominar los dobleamientos de las cromáticas, pero, seducidos por el ritmo evanescente de la luz, nos entregamos á la emoción de sus grises, a la emoción de sus rojos. Dominados por la luz, ¿cómo impedir que nos arrebatase el color? Si todo está sometido a su imperio, desde la hoja que se tiñe de verde claro en la parte desarrollada bajo el sol y de verde liláceo en la crecida en la sombra, hasta el espíritu que hunde sus raíces en el azamar de la sangre y aromatiza sus ensueños con el cambánula del éter, ¿cómo resistir la alucinadora seducción de sus coloraciones montañesas?

¿La montaña! Gris, violácea o nivea en el vértigo de sus cúspides agudas, la montaña que nos cierra el oriente, pone en nosotros con la serenidad augusta de sus colores, anhelos, ímpetus, heroísmos... No hay corazón que no haya tenido sus ensueños en la pureza de las nieves matutinas o en la sangre de las nieves crepusculares. Cuando la idea religiosa guiaba las tribus errantes, la montaña era la senda de lo divino, la generatriz de la esperanza, la enaltecadora de la vida; hoy, que nos guía el ensueño naturalista, la montaña, al envolvernos en el ritmo de sus coloraciones, no nos exalta con idealidad espiritualizante, sino con sensación despertadora de nuestras energías formadas de tierra, de sangre y de sol. ¿Qué matiz de nuestra vida no tiene su reflejo en los tonos serenos ó azorados de las cumbres? ¿Qué arrebató moral no hemos visto caer, desvaneciéndose, por nuestra sensibilidad, con la misma indiferencia con que la montaña deja escurrirse por sus flancos los celestes y los rosas de la tarde? Un viso de la montaña es un cambiante del corazón... Aún recordamos la noche que, atravesando en silenciosa cabalgata las tupidas selvas australes, esperábamos que surgiese el primer destello del alba. La cordillera, como altísimo murallón de ciudad fabulosa, levantaba en el oriente

sus picachos inmóviles y oscuros; poco a poco la luz del amanecer se dilató, orillando de transparencias opalinas y de vaporizaciones róseas las cúspides agudas y fantásticas. Apartando los álabeos húmedos de rocío que nos mojaban, al rozarnos, el rostro y las manos, seguíamos, atentos, el progresivo colorearse de la aurora que, de grado en grado de luz, pasaba del gris frío de la niebla, al azul erubesciente del cielo. Por las quebraduras de la cordillera descendía la sombra violada, parduzca, desdoblándose en las sinuosidades de los faldeos, entre las nieblas que, suavemente barridas por el viento matutino, se dispersaban como la ceniza de lo soñado en la noche por las cumbres...

La frescura de la luz y la liviandad del aire nos penetraron de alegría y de aromas; la cordillera, grácil y trémula, perdió sus contornos en la atmósfera húmeda, y pareció sahumar lo infinito con la floralidad de sus tintas vaporosas. La magia de la luz convirtió, esa mañana, las rocas en flor como en las tardes las convierte en ascuas. ¿Quién no ha enloquecido un instante con la visión de la cordillera crepuscular? ¿Dónde está el artista que no se haya encendido en el deslumbramiento de la cordillera, cuando al través del ramaje de las alamedas o por la angosta ventana que abre sobre el horizonte las calles bañadas de sombra y de azul, se yergue cubierta, desde el vértice de los picos más elevados a la sinuosidad postrera de los faldeos herborescentes, por el derrame holocástico de su sabia mineral, de sus hierros y de sus bronceos, de sus azufres y sus oros? En esos momentos de revelación la cordillera deja ver las luces ocultas de sus minerales, diluyendo en nosotros idealidades ígneas; pero es, con todo, menos deslumbradora que en los instantes rememorativos en que las cumbres se tiñen con los colores de las grandiosidades muertas.

Si somos esclavos de la luz, si la mustia nos entristece, si la heroica nos exalta, si los sueños son la resonancia moral de los matices que nos rodean, lo que más arrobadamente nos sublima, son los recuerdos levantados del abismo de la leyenda por las llamadas de las cumbres vespertinas, los recuerdos ilusorios agitados por las luces imperiales, bajo el celeste profundo del cielo que verdigrea en la proximidad de las nieves rosas, de las nieves púrpuras... Es la tarde. La luz, desde los llanos calientes por los reflejos de la atmósfera, sube a las cumbres vertiginosas, asíéndose a los ángulos, resbalando en los cortes abismales, reponiéndose en las laderas terrosas de la montaña, y evocando, en el repechamiento de sus fervores, la visión de los heroísmos rojos. Es, para la pupila del poeta, un tumulto de muchedumbres invasoras que, salidas de la obscuridad de los poemas vetustos, se agrupan al pie de la cordillera, y, de escarpe en escarpe, agitando las rosas de las fiestas, blandiendo el bronce de los escudos, derramando el vino de las orgías, vertiendo la sangre de los sacrificios, trepan, unidas, anhelosas hasta el remate de las cúspides inverosímiles, para ver cómo se hunde en el confín del horizonte, el último héroe de la alegría y del amor... La luz insiste, sube más aún y, desde el vértice de la Peña más alta, suelta el grito de sus coloraciones salutorias, que ondulan, flotan y, desvaneciéndose, caen en el gris de las sombras que repechan, a su vez, la montaña, borrando la visión de los tumultos legendarios.

Mas, si en algunos amaneceres, la sensibilidad, aguzando su atención visionaria, percibe el aroma de los aspectos florales de los montes, y si en algunos atardeceres, los puebla, enlazando recuerdos

y rutilancias, de muchedumbres épicas, en otros, cuando no hay nieves azulosas, ni tesoros bronceos, ni resurrecciones escarlatas, se extasia en la incandescencia de las cúspides pálidas que, encendidas en la blancura de sus ángulos agudos, de sus declives oblicuos, sugieren el esplendor de las brasas primordiales, de cuando la materia, lúcida, cruzaba la inmensidad, mecida por el ritmo de los pensamientos futuros. Su luz incinera el aire azul, cae sobre la ciudad, y cubre las avenidas verdes y las casas blancas con los reflejos de sus fulguraciones transfiguradoras. Las calles y los jardines arden; las piedras grises y las murallas multicolores enrojecen; la sombra de los edificios opuestos a la claridad, se satura de lila y los árboles, espolvoreados de estremecimientos luminosos, estompan sus contornos en la atmósfera celeste y rosa. La ciudad vive un minuto fantástico y, arrastrada por el desvanecimiento de la luz, se pierde en la semiclaridad nocturna, en que, sobre el cielo violáceo del orto, las nieves parecen flotar, desprendidas de la cordillera, como un ensueño místicamente evaporado de las combustiones crepusculares.

Ida la ráfaga deslumbradora, volatilizado el cielo en la noche cercana, caen las pavesas de nuestra emoción; nos apagamos; sentimos morir en los matices terrosos nuestros deseos y en las últimas claridades celestes, nuestras esperanzas... ¿Qué idea se disipa en ese gris? ¿Qué latido se extingue en aquel rosa? ¿Dónde están las dulzuras de que escurrieron estos azules, y dónde los odios de que se deslizaron aquellas sombras?

Segados por la noche nos recluimos en nuestra vida interior, pero el recuerdo de la luz, presentándonos insistentemente las visiones desvanecidas, enciende en nosotros el ansia de aprisionarlas en los lienzos, para cuando necesitemos sentir sus armonías. Pero, como ellas, además de colores son modos del espíritu, querríamos tenerlas acordadas en perspectivas que luciesen la pincelada brote, el trazo ritmo, el tono ala... No contentos con resbalar por la lejanía, huir con los matices fugitivos, o caer con las tintas moribundas, deseáramos el lienzo iniciador, el que nos diera, con sutiles o grandiosos equilibrios de luz, una idea, un ensueño, un horizonte moral.

Al recorrer los cuadros en que define la brasa de las flores, perfila el vaivén de las olas, o diseña el vértigo de las cumbres; al considerar, tanto los novísimos en que los oleos escurren, pluviosos, por la rápida acumulación de pinceladas trémulas, como los vetustos, en que la sombra cae, pulverizada, de los betunes secos, y la claridad supura de los amarillos muertos, hemos encontrado, más de una vez, en esta marina o en aquel retrato, el acento de nuestras luces, la entonación de nuestras sombras; mas, para calmar la insaciabilidad de nuestra pupila, hemos también tenido que invocar el prestigio de los pinceles venideros, de los que traerán, con otra visión, otra conciencia de la naturaleza patria.

Entretanto, ¿en qué artista reconocer nuestros colores? ¿Qué pincel ha cautivado las correspondencias luminosas que sostienen en las montañas o en las tardes, nuestras apacibles o arrebatadas sinfonías atmosféricas? ¿Cuál es el exquisito que ha disuelto en sus aguas cromáticas la transparencia de un encendido o apagado momento del cielo? ¿Vive el clarovidente que revele en el tono de sus colores el secreto gris, el secreto azul, el secreto púrpura, sorprendido en el despertar o adormecerse de los mares? ¿Dónde está el evocador que agotó el epicismo de sus pastas minerales en la transcripción de los tumultos holocásticos que suscita en las cumbres del oriente, la magia enloquecedora del crepúsculo?

MIGUEL LUIS ROCUANT

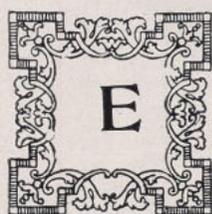




Massenet da a conocer "La Cigale" a sus Intérpretes

## Un gran Músico Francés

### MASSENET



El mundo músico ha llorado últimamente la desaparición de Julio Massenet, el más eminente de los artistas franceses, un hombre que había sabido imponer a la música de su país sello propio, encanto rítmico, gracia francesa de encanto sobrio. Nada hacía prever ese desaparecimiento que ha sorprendido dolorosamente el mundo del arte.

En plena actividad se fué el autor de "Manon" y de "Werter", sin que nada hiciera sospechar su abandono del banquete de la vida.

La existencia le había sonreído y él sonreía a la existencia. Esto sucedía, no porque tuviera suerte, como vulgarmente se dice, sino porque era un grande y esforzado trabajador, de benevolencia igual con todos, así pequeños como grandes.

La música había sido su pasión favorita, cultivada cuidadosamente por su madre desde el hogar, en los primeros años, en la época de los involi-

dables recuerdos. El maestro nos lo ha referido en páginas interesantísimas e inéditas.

Ante todo había recibido, educación moral, hábitos regulares, método en todo y para todo. Una vez, de niño, su madre le regaló un *Agenda*, uno de esos pequeños cuadernillos en los cuales se consignan los acontecimientos, recomendándole que diariamente escribiera en él cuanto en su vida ocurriese digno de nota. "Si has cometido alguna acción o pronunciado alguna palabra de la cual puedas arrepentirte, deberás consignarla en esas páginas, y en ello encontrarás tu castigo, lo que te obligará a que todas tus acciones sean correctas y no hagas nada de lo cual puedas arrepentirte en el día".

Era el pensamiento de una mujer superior, de corazón recto y de espíritu honrado, que colocaba en primer término los deberes del hijo, convertidos en casos de conciencia, haciendo de la conciencia la base misma de su educación.

"Cierta día, refiere Massenet, regis-



Ultimo retrato de Massenet

trando los armarios maternos, descubrí unas tabletas de chocolate y apoderándome de ellas las devoré, como era natural en un niño. Llegada la tarde me hallé en presencia de un conflicto; no sabía si apuntar la falta cometida o callarme. Mi conciencia triunfó, sin embargo, y consigné en el cuadernillo lo que acababa de hacer. La idea de que mi madre descubriría mi delito me molestaba, como era natural. En ese momento mi madre penetró a la pieza y viendo mi confusión, al saber la causa, me abrazó diciéndome: "Has hecho bien y porque has precedido como hombre honrado te perdono, pero no será motivo para que sigas comiendo clandestinamente chocolate". Así mis recuerdos alegres o tristes quedaban consignados en el librito y yo me acostumbraba a someterme a una disciplina moral".

¿No es verdad que la anécdota es deliciosa?

Era muy chico todavía Massenet cuando su madre le llevó al piano, enseñándole las primeras notas. Había pegado bandas de papel sobre el teclado con las notas y sus nombres respectivos. El chico era estudioso y revelaba considerables disposiciones para la música, por lo cual sus progresos fueron rápidos, de tal manera que tres años después, sus padres tuvieron la idea de hacerle ingresar en el Conservatorio de Música que no era por cierto entonces lo que es ahora. Corría el año de 1851, el del famoso golpe de estado de Napoleón tercero.

El niño jamás olvidaría la mañana en que fué conducido a la calle Poissoniere en donde estaba entonces el establecimiento musical. La gran sala del Conservatorio tenía las murallas pintadas de azul gris, y como único amueblado tenía banquetas de madera. La sala estaba arregiada como teatro y tenía una serie de palcos en torno; se hallaba decorado al estilo del Primer Imperio. "No pude penetrar en ella sin sentir emoción indescriptible. Parecíame ver sentado en el palco del fondo al Primer Cónsul Bonaparte y a la dulce compañera de sus primeros años, la incomparable Josefina—él de rostro enérgico y bello, ella sonriente y con mirada que alentaba a los principiantes. Diríase que

según la tradición clásica, la hermosa Josefina quería suavizar mediante su contacto con la juventud las asperezas de la vida tan agitada que llevaba, hacer menos sombrías las preocupaciones que indudablemente la abrumaban en medio de los horrores de la guerra. Así me parecía muchos años después de muerta, en esa hora para mí solemne".

"Cuando todos los jóvenes fueron colocados en el orden que habrían de seguir para sus exámenes, nos condujeron a la pieza contigua, junto a una puerta, que llamaré fatal, por donde habríamos de pasar como los condenados a muerte. Estábamos en una especie de granero polvoriento.

"El jurado que habría de juzgarnos se componía de Ambrosio Thomas, de Halvy, de Caraffa, y de varios profesores de la Escuela a la cual pretendíamos llegar. El director era el señor Auber, el músico más célebre de aquellos tiempos, por sus óperas ya famosas.

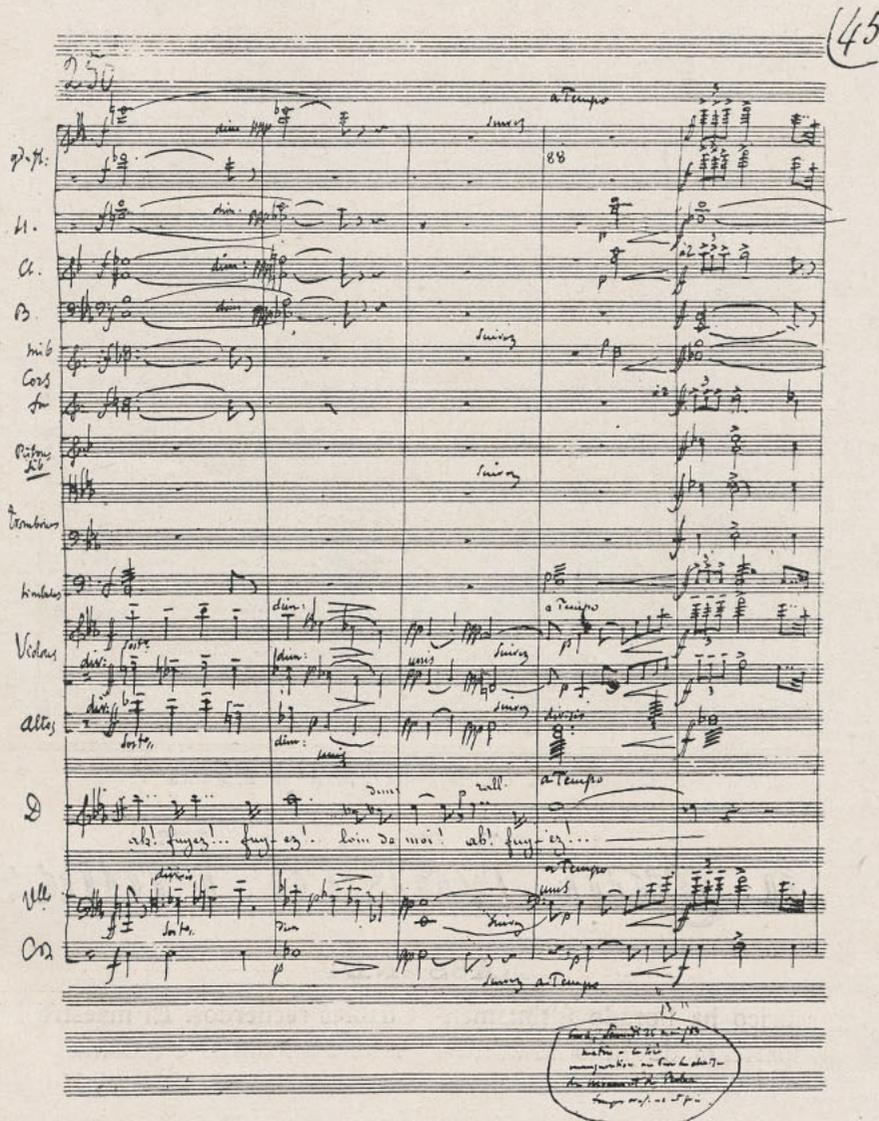
"Al pronunciar mi nombre me presenté tembloroso al tablado del piano, en el cual debería ejecutar el final de la sonata de Beethoven, ópera 29. Cuando hube ejecutado dos o tres páginas, según es uso, fuí llamado delante del jurado por el Sr. Auber. Mi emoción era inmensa. Parecíame que las luces danzaban delante de mis ojos. Tenía que bajar tres o cuatro gradas del tabladillo, vacilé y estuve a punto de caer cuando oí la voz del maestro que me decía:—Tenga cuidado, niñoito. En seguida me preguntó en dónde había hecho tan excelente estudio. Le respondí con orgullo que era enseñanza de mi madre. En seguida salí feliz y corriendo.

"Había hablado con el maestro Auber.

"Al día siguiente recibía la carta oficial en que me comunicaban mi ingreso a las clases del Conservatorio".

Ese niño debía ser el músico más notable de los últimos tiempos.

El arte francés está de duelo con la muerte de Massenet. Sus melodías encantadoras le seguirán sobreviviendo aún en remotos países como el nuestro, en los confines del Pacífico.



Un autógrafo de Massenet y fragmento del tercer acto de la ópera "Manon"

el "Titanic", en la más horrible de las tragedias del mar. Debo confesar, sin embargo, que la oración de un caballo a su amo, mandada imprimir y fijar en todos los establos por el Departamento de Policía de Nueva York, me ha conmovido tanto como las más contritas oraciones de los templos. En una hermosa fuente que una señora donó a la ciudad de Nueva York para bebedero de caballos, está también esculpida esta sentida oración, que en mi tierra debiera estar grabada en el corazón de todos los que tienen dinero para poseer un caballo y no tienen alma para amarlo. La oración es así:

"A vos, mi amo, elevo mi oración. Dame alimento, agua y dispéname toda clase de cuidados. Cuando haya concluido la faena del día, llévame al galpón, y, en un establo bastante ancho para que pueda tender mi cuerpo cansado, dame un lecho seco y limpio.

Háblame, tu voz a menudo la comprendo mejor que los mandatos de las riendas. Acaríciame, que así aprenderé a amarte y será para mí un placer el servirte.

No me tires de las riendas, ni me pegues cuando vaya de subida. Nunca me hieras, ni me golpees, ni me des puntapiés cuando no te entienda lo que me dices.

Obsérvame con atención; si no obedezco tus órdenes, ffjate en sí hay algo malo en mis arneses o en mis pies. Examina mis dientes cuando yo no coma porque puedo tener una úlcera, que tú sabes es muy dolorosa.

No amarres mi cabeza en una posición forzada, ni me cortes la cola, privándome de mi mejor defensa contra moscas y mosquitos.

Finalmente ¡oh amo mío! cuando mis fuerzas se hayan agotado, no me arrojes de tu casa, dejándome morir de hambre o de frío, ni me vendas a un nuevo dueño que no me ama y que me puede torturar; sino que tú, mi amo, mátame de la manera más dulce posible, que Dios te recompensará en esta vida y en la otra. No puedes llamarme irreverente si te pido esto en el nombre de Aquel que nació en un establo".

Los casos de devoción especial de hombres y mujeres por animales, particularmente perros y caballos, son infinitos y lle-

gan a menudo a la exageración. Numerosos son los perros que reciben herencias cuantiosas. No hace mucho un caballero dejó doscientos cincuenta mil pesos de nuestra moneda a su amigo más querido, un perro que había recogido en las calles de Philadelphia. Cuando el perro se enfermó se consultaron los más eminentes especialistas. La enfermedad era incurable, el animal tenía tisis. Se le envió a alturas anti-tuberculosas, donde murió en medio de los solícitos cuidados de sus enfermeras.

Anna Louise Duncan, señora norte-americana, se suicidó en París en el cementerio de perros, donde habían sido enterrados sus favoritos, cuya ausencia no podía soportar. Muchas son las personas que piden se les entierre al lado de los perros que han amado en vida. Y podría citar varios casos de otras que han perecido tratando de salvar perros expuestos a morir en el fuego o en el agua.

Los hospitales para perros, gatos y caballos, se están extendiendo de tal manera, que ya los hay en casi todas las grandes ciudades. Muchos de estos hospitales tienen servicio de ambulancia especial para ir a buscar a cualquier perro que se encuentre muy mal o que haya sufrido algún accidente repentino. Hay hospitales donde se pueden hacer consultas gratuitas, y donde se puede dejar a los pacientes pagando pensiones muy bajas. Hay también asilos para animales ancianos, los que pueden concluir sus días en medio de las solicitudes de enfermeras cariñosas. Algunos de estos reciben, sin cargo alguno, a todo perro viejo que ya está próximo a concluir sus días.

El alma, sedienta de amor, decepcionada muchas veces con las ingratitudes humanas, deposita, en ocasiones, toda su ternura en un amigo fiel, en un perro que jamás ha traicionado a los que lo aman. Cuando este amigo querido muere, lo ama aún; pasando por burlas y sátiras bien justificadas, lo entierra en cementerios especiales, le erige un monumento, y va de cuando en cuando con una corona de flores a llorar sobre su tumba.

TANCREDO PINOCHET.

Scranton, Julio 1912.



HUGO VOGEL

MARINA GERMANA EN LOS TIEMPOS PAGANOS

# EL DRAMA DE ORIENTE



LA FAMILIA REAL DE BULGARIA

S. M. el Rey de los búlgaros.—S. M. la Reina.—S. A. R. Boris, príncipe de Tynovo, príncipe heredero.—Sus AA. RR. princesas Eudoxie y Nadejda.—S. A. R. Cyrille, príncipe de Preslaw

turcos fueron algo que humillaba la naturaleza humana, fué imposible llevar más lejos los instintos sanguinarios de una raza degenerada como la turca. Ante esas matanzas de mujeres y de niños indefensos, los sentimientos de humanidad de la Europa entera se sintieron sublevados. Vino entonces la célebre guerra de Oriente, emprendida por los rusos en contra de los turcos en 1878.

Después de una guerra memorable en la cual los turcos se hicieron célebres por su empuje desesperado en la resistencia, particularmente durante la campaña del sitio de Plewna, fueron obligados a rendirse a los rusos vencedores. Pero los cañones ingleses detuvieron frente a Constantinopla a los vencedores, temiendo el excesivo engrandecimiento de Rusia. Del Tratado de Berlín de 1878, salió Turquía debilitada; Servia y Rumania se habían independizado de Turquía y obtenían aumentos de territorio así como el Montenegro, que conquistaba su independencia. La Grecia empujaba su frontera hasta Tesalia. La Bulgaria, creada como principado tributario se independizaba luego.

Los numerosos súbditos cristianos del Imperio turco exigieron reformas que no les fueron concedidas jamás, a pesar de promesas reiteradas. En vano se hicieron repetidas revoluciones en Turquía, con promesas que jamás se cumplieron; los cristianos eran olvidados siempre y sometidos a todo género de vejámenes.

Mientras tanto los Estados Balkánicos se preparaban para su reivindicaciones que a su hora llegarían.

La hora tan deseada sonó por fin, con la guerra entre los italianos y Turquía, que costó a ésta la pérdida de la Tripolitania. Y mientras los turcos luchaban, insistían una y otra vez los Estados Balkánicos en que se procediera a la reforma sin pérdida de tiempo; bien comprendían que si dejaban pasar esa hora la reforma jamás llegaría.

Los turcos no comprendieron su situación y se negaron a cumplir los compromisos contraídos en tratados solemnes que ligaban la fe de la Europa entera.

Para comprender la audacia y el empuje de los pequeños Estados Balkánicos, señalaremos el hecho de que Bulgaria sólo tiene una población de cuatro millones de habitantes, y Servia de dos, no siendo muy superior la

de Grecia, en contra de Turquía que contaba con veintidós millones de habitantes. El pequeño Montenegro que sólo cuenta con trescientos mil habitantes por todo, no vaciló en emprender la guerra, iniciando las hostilidades. El desastre de Tur-

La hora trágica tenía que llegar forzosamente para la Turquía, instalada en Europa desde hace ya cuatrocientos años; tenía que ser expulsada por la fuerza de las armas la nación que por las armas había penetrado en el hogar de la civilización, poniéndola en peligro más de una vez. Los territorios del Imperio Otomano se extendieron un día desde las cataratas del Nilo hasta el Danubio y Viena misma corrió grave peligro de ser capturada por ellos. Ante los turcos tembló la cristiandad hasta que don Juan de Austria hubo destruído la escuadra turca, considerada como invencible, en la jornada de Lepanto.

Durante el siglo XIX la Turquía se ha ido desmembrando poco a poco; comenzó la Francia por adueñarse de Arjel, invadido a consecuencia del célebre golpe de abanico dado al cónsul de Francia por el Bey. Más tarde se adueñó de Túnez. El Egipto comenzó por independizarse para caer por último en manos de Inglaterra, que lo necesitaba como seguridad de su camino de la India, la más importante de sus colonias. Poco a poco los dominios de los sultanes se iban desmembrando en medio de repetidas e hipócritas declaraciones de Europa, de que sería mantenida la integridad del Imperio Turco.

Pero como en el fondo del vasto imperio musulmán quedaban amalgamadas multitud de razas, de creencias diversas, entre las cuales se hallaban los cristianos espantosamente oprimidos por los musulmanes, llegó momento en que la situación ya no se hizo tolerable para los cristianos. Según dijo Gladstone en memorables escritos, la humanidad clamaba al cielo; las matanzas hechas en Bulgaria por los



Jefes y oficiales de la guardia real servia en traje de gala

quía ha sido grande, sus tropas han sido sucesivamente derrotadas y sus ejércitos aniquilados el uno en pos del otro.

Constantinopla se halla en peligro y acaso cuando estas líneas se impriman, se hallará en manos de los ejércitos enemigos

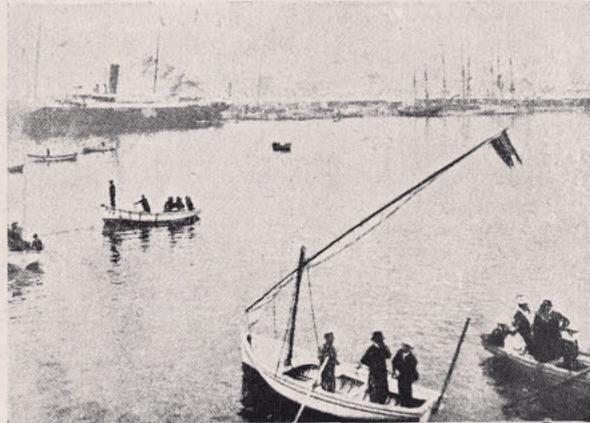
Los soldados turcos son extraordinariamente bravos. Mientras el europeo parece ocupado exclusivamente de negocios propios, el turco, tiene el aspecto de gente que piensa en cosas remotas e indeterminadas. Todos parecen filósofos, presos de una idea fija, sin fijarse en el lugar adonde van o de dónde vienen. Miran derecho y lejos, como acostumbrados a los vastos horizontes, con vaga expresión de tristeza en los ojos y en la boca, como sumidos en pensamientos abismáticos. En todos aparece la misma gravedad, la misma compostura de maneras, la reserva en el lenguaje, en el paso, en el gesto. Desde el Pachá hasta el mercachife todos parecen señores de gran porte aristocrático. Casi todos son fríos y no revelan afectos del ánimo o del sentimiento en la fisonomía. Es raro encontrar entre ellos las fisonomías abiertas y claras, tan frecuentes entre nosotros, llenas de sentimientos apasionados o amorosos, de capricho o de ira. Entre ellos cada fisonomía es un enigma. El extranjero se sorprende contemplando semejantes multitudes llenas de mutismo y de aparente sequedad. La raza turca es sana y bien conformada, hermosa y fuerte.

Un profundo sentimiento religioso la anima, un sentimiento de fanatismo y de fatalismo. Su placer más ardiente es el Kief. Después de haber comido parcamente y bebido un vaso de agua, dicen las oraciones y se sienten felices, con la carne quieta y la conciencia tranquila. Siéntanse debajo de un árbol coposo, divisan los cementerios lejanos, las nubes que pasan, y fuman el narguile, pensando vagamente en Dios, en Alá, en las vanidades de las cosas de la tierra, en el eterno reposo. Ser espectador en el gran teatro del mundo es la aspiración suprema del turco. Es acaso el atavismo del antepasado pastor que renace.

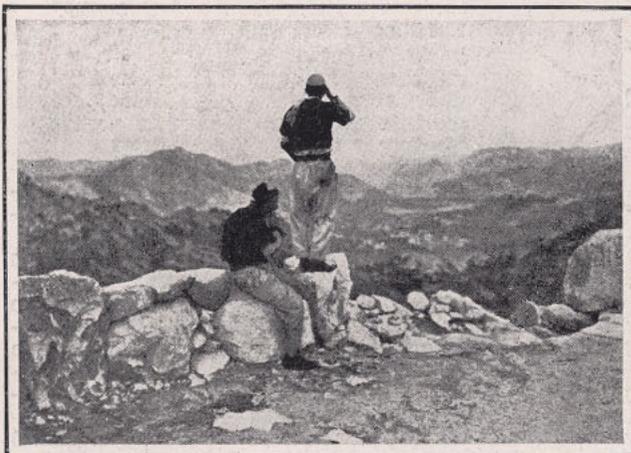
Sobre aquellas hermosas tierras calentadas por el sol, bajo un cielo transparente, corre ambiente de fatalismo como ley dominante e ineludible. Todo sucede porque así debe suceder; el hombre no es más que un mero instrumento en manos de la Divina Providencia. El destino ha contado los días de Stambul, la ciudad conquistada en guerra de mahometanos contra Cristo. Stambul, su sólo nombre tiene magia evocadora de sortilegio. Es una ciudad de ensueño,

envuelta en minaretes blancos como nevazones, majestuosa y única en su decrepitud sin vuelta, perfilada en el círculo azul de Mármara que cierra el horizonte.

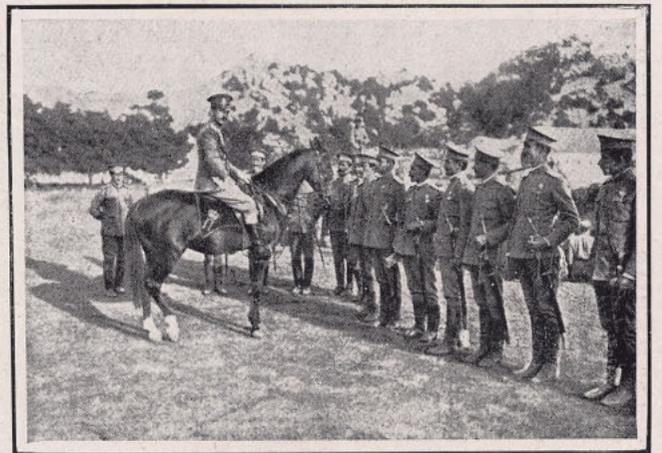
Parece como que viéramos a Stambul real y sin embargo soñada, en el silencio y el esplendor de una visión de neblina azul, Stambul, la secular, tal como la habían contempla-



El príncipe Nicolás, coronel e inspector de artillería (nació en Atenas el 9 de Enero de 1872).—El príncipe Constantino, heredero de la corona (nació en Atenas el 21 de Julio de 1868).—El príncipe Andrés, capitán de caballería (nació en Atenas el 20 de Enero de 1882).—El Rey I de Grecia.—La Reina Olga.—Teniente de navío Tybaldos y comandante Symbrabakis, jefes del movimiento revolucionario en 1909.—Puerto del Pireo, cerca de Atenas.



Vista de Albania en la frontera montenegrina



El príncipe Pedro de Montenegro



El Rey Pedro de Servia  
El Rey Nicolás de Montenegro

El Rey Carlos de Rumania  
Fernando, Czar de Bulgaria



Los tres hijos del Sultán  
Mohammed Effendi

do los viejos Califas, tal como Solimán el magnífico supo fijar sus grandes líneas, haciendo elevar sus cúpulas soberbias. Nada semeja ruina en esa profusión de minaretes agrupados en el aire de la mañana y que sin embargo poseen el sello indefinible del tiempo. Aún a la distancia su vetustez se indica extrema. Los ojos no se engañan; es un fantasma del pasado, esa ciudad todavía de pie con los finos palillos de sus minaretes en piedra, tan esbeltos, tan elancés que uno llega a asombrarse de su duración. Minaretes y mosquias han tomado con los años aire desteñido, blancuras que se inclinan al gris neutro. Las millares de casas hundidas en la sombra tienen colores de ocre o de tierra quemada, matices casi atenuados bajo el vaho permanente que parece flotar en torno suyo. Y ese inmenso conjunto se refleja en el azul del golfo.

Allí detendrá sus cascos victoriosos el caballo de guerra del rey de los búlgaros, el jefe de los oprimidos de ayer que ahora buscan sus reivindicaciones gloriosas y triunfantes con el acero en la mano.

Los Osmanlies tendrán que volverse al Asia de donde vinieron en el siglo XIII, partiendo de oscuros rincones de Armenia, en donde los Mongóles les hallaron. Ertugrul, jefe de ellos, obtuvo permiso para que sus ganados pastaran en esa tierra. Tal fué el punto de partida de tan gran progreso y de tan considerable éxito. Consiguió que los monarcas del imperio griego les permitiesen llevar sus rebaños a la

orilla de la Frijia. De Sugut salieron treinta y cinco soberanos otomanos; treinta y cinco soberanos siguieron a Ertugrul en línea recta. El imperio de Oriente caía gangrenado y corrompido por los vicios de su administración, precisamente como cae ahora el imperio de los turcos: Los Osmanlies eran guerreros heroicos y sobrios. Poco a poco fueron adueñándose de los territorios próximos a la gran capital. En 1358 ocuparon a Gallipolo, del lado europeo de los Dardanelos y pocos años más tarde a Adrianópolis y Filipópolis. En 1375 sometieron la Servia y la Bulgaria, impotentes para resistir, y luego Nicea, la cuna de Constantino.

Lazarus, el grande héroe serbio, condujo un gran ejército en contra de los turcos en 1378, pero fué seriamente derrotado en Kuranovo, precisamente en uno de los puntos en los cuales los turcos han sido vencidos durante la guerra actual.

Constantinopla fué tomada por los turcos en 1453, bajo el mando de Mahomet II. La resistencia de Belgrado en 1456 detuvo el empuje de los discípulos del profeta. Scanderberg con su heroísmo, asimismo les contuvo. Pero llegó un momento en que estuvieron a las puertas de Viena. La cristiandad tembló, la civilización corrió peligro gravísimo. Y luego esa dinastía militar de los Osmanlies se mantuvo por el prestigio de su acción guerrera. Las armas han concluido con ella definitivamente, expulsándola de Europa como parece probable.



Mahomet V



UN DIA DE MAYO

FRITZ AUGUST V. KAULBACH

## LAS VIEJAS OPERAS



ISS Lucía acaba de caer desvanecida en el sillón preparado "ad-hoc". Edgardo y Lord Arturo Buclaw envainan los aceros, en tanto que Lord Ashton, que ha permitido que la borrascosa escena de celos y odio de rivales se desarrolle en su presencia, quedase, como si dijéramos, murmurando: "¡Miren ustedes qué caso!"... Y las melodías de Donizetti flotan como un gorjeo cristalino y doliente de ruiseñor, al crepúsculo, en el enorme salón, medio bizantino, medio árabe—¡cosas de los escenógrafos!—del castillo de Lammermoor.

Al caer el telón, yo, dando con el codo a mi amigo, le pregunto:

—¿Te sientes conmovido?

Deslumbrado por la claridad que súbitamente bañó la sala, respóndeme él, frotándose los párpados:

—No; absolutamente...

Se pone de pie; pasea la mirada en derredor. Coge los gemelos: los enfoca; pasa revista a la concurrencia allí reunida. La luz ríela sobre las calvas esplendorosas: arranca destellos de las pedrerías lucientes de los tocados; resbala suavemente sobre el afelpado antepecho de los palcos, acariciando aquí una inquieta mano femenina, allá una velluda garra del banquero. Y mi amigo, solazado durante buen rato haciendo crónica oral de la vida y milagros de los presentes, fija sus gemelos terribles en una dama de porte distinguidísimo, blanca y sonrosada de tez, con una cabellera riza y como vellón nítida, que casi semeja aureola,—y me dice a continuación:

—¡Buena la apasaría yo, si a oídos de doña Engracia llegara la confesión de mi frialdad ante las desdichas de la Sta. de Lammermoor!... ¿Sabes? El otro día, al descubrirle el concepto en que tengo estos vejestorios musicales, estuvo en un tris que no me echara de casa.

—Pecas de exagerado. Eres excesivo en tus juicios. Ni creo que te dejen tan fresco estos primores de "bell canto", ni que sólo por ser viejas algunas óperas merezcan tu desdén, cuando tantas hay, modernísimas, que no tienen la rica substancia de las que antaño hicieron, como suele decirse, las delicias de nuestros abuelos.

\* \*

... Y nos encontramos en plena aria del delirio.

Lucía, sueltas, desmelenadas las crenchas rubias, llevando consigo, como Ofelia, un haz de rosas, recorre la escena. La mirada de asombro del coro la sigue. De sus labios, modulada con gracia ingenua, brota la primera frase donizettiana. Las rosas caen, una a una. Ella va, de un lado a otro, envuelta en la vaporosa veste blanca, evocando al amor pasado. Y las melodías siguen a las melodías, a cuál más linda. Y el motivo dominante pasa a la flauta, de tal suerte, que la desventurada castellana de Lammermoor limitase a parafrasearla. El prodigio de la humana garganta, nido recóndito de armonías, se revela en-

tonces. La artista asciende hasta la cúspide de la escala; alcanza las más altas notas, las emite con pureza ideal, juguetea con ellas, las sostiene maravillosamente, vocaliza, trina... Y cuando, en un "crescendo" final de la orquesta triunfa, elevándose,—es su postrer esfuerzo,—a la cima, por un prodigio que se antoja extrahumano, la aclamación llena los ámbitos del teatro, estalla con furia de tempestad, y Miss Lucía, inclinándose, sonriente y dichosa, vuelta por un momento a sus cabales, da gracias al público que no se cansa de batir palmas en su honor. El milagro está realizado.

Y yo pienso que, en efecto, más que la emoción del supremo momento dramático, del estado de alma realzado en la escena por obra y gracia de la voz humana y de la orquesta—por ésta principalmente,—suspende, y esparce, y deleita al oyente la maravilla de la garganta humana igualando en agilidad, en belleza musical, en gracia y frescura, a los pájaros. No es el drama, propiamente hablando, el que sacude nuestros nervios y nos arrebató de entusiasmo. El drama resulta aquí un simple pretexto para enhebrar arias y dúos:—Es el "bel canto", con todo lo que tiene de artificial, de fantástico, el que provoca en nosotros esa crisis.

No el propósito de reflejar sentimientos; no la pintura de caracteres, mediante el recurso vago—pero formidable de poderío expresivo por su vaguedad misma,—de los sonidos, movía a los viejos músicos italianos a componer tan rico repertorio de fragmentos sin cohesión lógica alguna, y demandar a la voz verdaderos "tours-de-force", que tendríamos por imposibles a no verlos consumados por artistas excelsos. A Bellini, Donizetti y Rossini, no les pasaba por las mientes la más insignificante noción de carácter de sus héroes al poner en boca de ellos melodías juguetonas y risueñas cuando estaban tristes, o arias que tienen un no sé qué de aire de marcha y surgen de las privilegiadas gargantas justamente cuando quiere representarse la desesperación, la locura o el odio...

Al genio de Ricardo Wagner estaba reservado llevar a término dichoso, siguiendo los pasos de los grandes sinfonistas, no la "reforma" del género operático, como equivocadamente se cree, antes bien "una nueva concepción de la obra de arte misma". Tan radical ha sido la transformación de la escena lírica, que ahora, habituados como estamos a todas las innovaciones introducidas—siguiendo el ejemplo de Wagner,—por los compositores nuevos, se nos antojan descoloridas y endebles las obra del antiguo repertorio; a tal punto, que no sólo no experimentamos, sino que no concebimos cómo pueda experimentarse emoción,—fuera del entusiasmo despertado por el "bel canto" aisladamente considerado,—escuchando "Sonámbula" o "Lucía".

Interrógame mi amigo, desconcertado:

—¿Será que nuestro modo de sentir se halla enlazado estrechamente con el arte que es producto del tiempo en que vivimos? Nuestras venerables abuelas lloraban con la desdichada de Lammermoor, que a nosotros nos deja impasibles... ¿Sucederá lo mismo con Mimí o Dalila, cuando mañana nuestros nietos las escuchen?...

C. G. P.

## ESCRITORES SIN GRAMATICA

Si existiese una academia de novelistas, talvez deseara ser de ella, aunque no comprendo de qué podría servir. Pero en la Academia de la Lengua ¿qué falta hacemos los escritores? La academia sólo sirve para "conesrvar" el lenguaje, y nosotros, con la ayuda del pueblo, que es nuestro maestro y nuestro modelo, servimos para inventar, para modincar, para ampilar la lengua.

Además, la mayoría de los escritores no sabemos gramática; pero sabemos escribir. Lo contrario de lo que les ocurre á los profesionales del lenguaje, que conocen el origen de cada palabra y han inventado las reglas más minuciosas; pero cuando toman la pluma, es para hacer dormir hasta á los más desvelados.

Los escritores no sabemos realmente gramática, como el ruiñeñor no sabe música. El labriego que pasa cantando á la hora del crepúsculo, con una melancolía dulce, que infunde á la naturaleza temblores de emoción, no conoce el pentagrama ni puede compararse con el ejecutante de ágiles zarpas que aporrea el piano y deja fríos á los oyentes. El mecanismo es una cosa; el arte, la sensación interna, otra cosa distinta.

Vayan á las acdemias los profesores de latín, los catedráticos de

literatura, y hasta los maestros de escuela, y sigamos los escritores escribiendo.

En todas las profesiones, en todas las clases sociales, hay débiles de espíritu, cobades que se allanan á hacer lo contrario de lo que piensan. Muchos escritores que se rñen de las academias ansian entrar en ellas. Tienen hambre de honores sólidos y tangibles que el lejano aplauso del público. Además, conocen la frivolidad é ignorancia de las más elevadas clases sociales. En un salón, un escritor no repreesnta nada. ¿Cómo le van á conocer y á apreciar unas gentes que generalmente no leen? Siendo académico, ya es otra cosa.

El respeto mundano a las jerarquías, a los cargos misteriosos, hace que as señoras se fijen en él.

—¡Es un académico!—se dicen señaándolo con el abanico. — ¡Cuánto debe saber un académico! ¿Qué será un académico?...

Y lo vago del título, lo impreciso de sus funciones, agranda su figura, haciendo pensar en bibliotecas llenas de volúmenes, todos obra del imponente señor, que muchas veces no ha escrito más que su familia.... cuando va de viaje.



¿ Está usted fatigado por un trabajo cerebral excesivo?      ¿ Está usted anemiado por un clima debilitante?

¿ Quiere usted apresurar su convalecencia, ó sencillamente poder dedicar mayor suma de fuerza física á los deportes?

En cualquiera de estos casos, tome usted la

# BIOFORINA

Es un producto de sabor muy agradable  
 :: que estimula las facultades intelectuales, ::  
 las sostiene en su esfuerzo, al mismo tiempo  
 que aumenta la capacidad del trabajo muscular

Véndese en todas las Farmacias    ::    Exijase la Marca  
 A. GIRARD, 48, Rue d'Alésia - PARÍS

Terso como el marfil      Fresco como la aurora  
 Perfumado como el aliento de las flores  
 Más suave que una caricia de niño

es el rostro de la que usa la

# FLORÉINE

CREMA DE BELLEZA

La Crema Floréine hace desaparecer  
 EMPEINES, RUBICUNDECES,  
 COMEZONES,

y realiza la higiene completa de la piel.

A. GIRARD, 48, Rue d'Alésia - PARIS



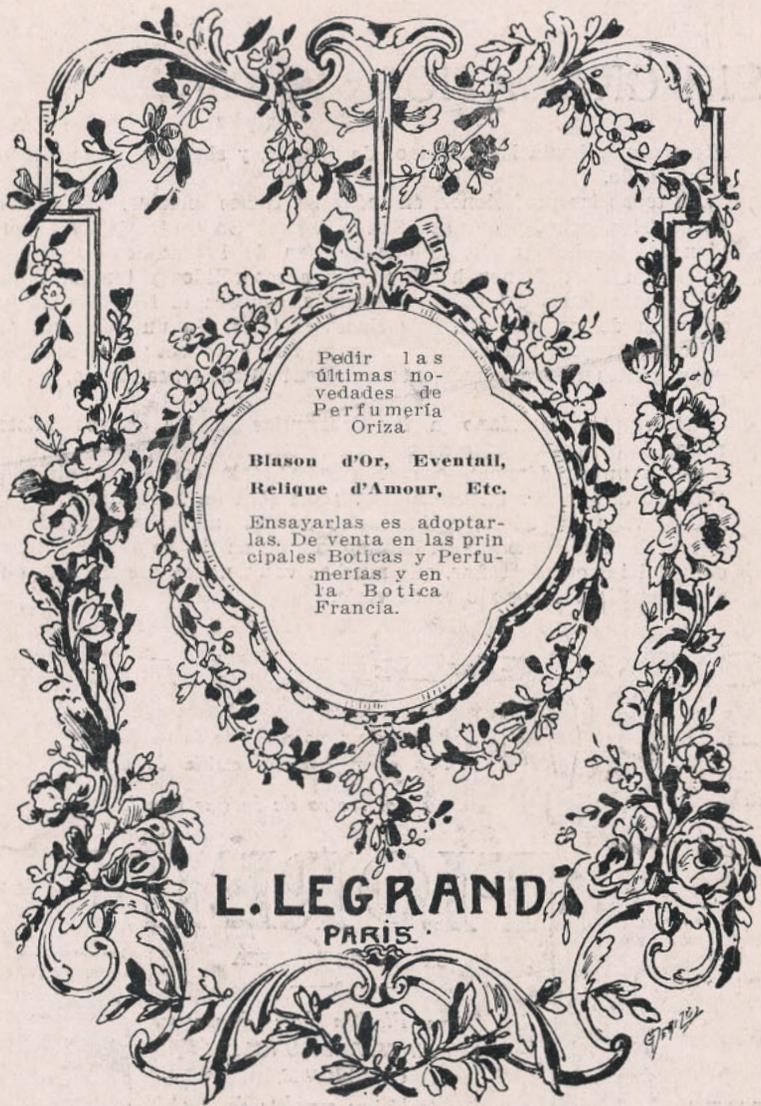
Fragante como un ramo de lilas frescas  
 es la última  
 creacion

# Parfum Lilas

de la Perfumeria  
**Gustav Lohse**, Berlin.  
 Proveedor de la Casa Imperial de Alemaña.

En venta en todas las casas buenas del ramo





Pedir las  
últimas no-  
vedades de  
Perfumería  
Oriza

Blason d'Or, Eventail,  
Relique d'Amour, Etc.

Ensayarlas es adoptarlas. De venta en las principales Boticas y Perfumerías y en la Botica Francia.

**L. LEGRAND**  
PARIS

## SELECTA

REVISTA MENSUAL  
ARTÍSTICA

EDITADA POR LA  
EMPRESA ZIG-ZAG

### PRECIOS DE SUSCRIPCION:

Un año . . . . .	\$ 10.00
Seis meses . . . . .	5.50
Número suelto . . . . .	1.00

# CRÈME SIMON

La Gran Marca de las Cremas de Belleza

Inventada en 1860, es la más antigua y queda superior a todas las imitaciones que su éxito ha hecho aparecer.

**POLVO DE ARROZ SIMON**  
SIN BISMUTO

**JABÓN Á LA CRÈME SIMON**

Exijase la Marca de Fábrica: **J. SIMON - PARIS.**

Para el desarrollo y endurecimientos de los

## PECHOS

nada equivale a las **PI-  
LULES ORIENTALES**



La moda actual exige la esbetez de forma, sobre todo del talle y caderas. Para mejor comprimir y adelgazarlas, se ha prolongado e corsé por la parte inferior, dejando la parte alta del cuerpo completamente libre y desahogada.

Por consiguiente, ahora más que nunca, la mujer elegante desea tener un hermoso busto y sobre todo bien firme, puesto que ya no está sostenido, completando maravillosamente la armonía de las líneas de su cuerpo.

No es ocioso recordar a las señoras y a las jóvenes cuyo busto no ha adquirido un desarrollo suficiente, y a aquellas, aún más numerosas, cuyos pechos no tienen toda la rigidez que la moda actual imperiosamente exige, que sólo las Pilules Orientales pueden darles un busto ideal, que se armonizará elegantemente con la esbetez de su talle.

Muchos otros productos y tratamientos han sido preconizados con el mismo objeto, pero hasta ahora todos han demostrado su ineficacia y han tenido que inclinarse ante las Pilules Orientales, hoy en día tan apreciadas y conocidas en el mundo entero. Sin embargo, la experiencia del pasado parece letra muerta para ciertos imitadores, que anuncian aún, a fuerza de reclamos, el descubrimiento de recetas, llamadas maravillosas y que operan milagros.

Desgraciadamente, de las palabras a los hechos hay mucha distancia. Cuántas lectoras, cediendo al atractivo de esos reclamos, particularmente enfáticos y seductores, han experimentado amargos y costosos desengaños.

Cuánto mejor hubiera sido para esas lectoras desearse de obtener un resultado práctico de empezar por las Pilules Orientales; cuántos disgustos se hubieran evitado.

El número de señoras y jóvenes, que son deudoras a estas píldoras al tener un hermoso pecho, aumenta todos los días y su agradecimiento se manifiesta por cartas elogiosas, que el secreto profesional nos impide publicar en totalidad, pero no por esta causa dejan de ser testimonios auténticos y sinceros de la eficacia indiscutible de las Pilules Orientales. Mme. de C... nos escribe:

"Estoy completamente satisfecha del resultado obtenido con las Pilules Orientales. Está usted persuadido que le demostraré mi agradecimiento haciendo una buena y eficaz propaganda de vuestras píldoras. Mme. de C..., rue Bayen, París." Y esta otra:

"Muy señor mío:

Las Pilules Orientales me han dado muy buen resultado, y merced a ellas veo con satisfacción que los huescos que tanto afeaban mi garganta van desapareciendo poco a poco. Tengo, más que nunca, esperanza de recobrar lo que había perdido hace varios años.—LUISA M... , rue Franklin, París."

Las Pilules Orientales son tan convenientes a las jóvenes como a las señoras cuyo pecho no se ha desarrollado suficientemente o que ha sufrido a causa de cansancio o de enfermedades.

Pueden ser tomadas, sin inconveniente alguno, por las personas de salud o de temperamento delicado, como lo prueban los dos extractos siguientes:

"Muy señor mío:

Estoy muy satisfecha de vuestras Pilules Orientales las que no solamente han desarrollado mi pecho, sino que han mejorado mi salud. Cuento hoy veinte años, y desde mi más tierna infancia estaba anémica y sólo desde que tomo vuestras píldoras veo desaparecer mi anemia. Mlle. G..., Place St. Pierre Tonneins."

"Muy señor mío:

Mi amiga, a quién he hecho conocer las Pilules Orientales, está muy satisfecha. Hasta los dolores de estómago que tenía han desaparecido. L. V..., Rue Couraye Granville."

Por consiguiente, las Pilules Orientales no perjudican ni la salud ni el estómago. Además, no contienen ninguna droga peligrosa, como, por ejemplo, arsénico u otras, y no ha habido ningún reproche desde hace más de 30 años que son empleadas por las señoras y jóvenes de todos los países.

Hasta los médicos reconocen sus méritos y las prescriben a su clientela; lo prueba la siguiente carta:

"Muy señor mío:

Continuo a recetar vuestro excelente producto Pilules Orientales a mi clientela, y tengo la satisfacción de poderle manifestar que he obtenido numerosos éxitos.

Doctor G..., a N. Loire-Inférieure."

El buen efecto de las Pilules Orientales se manifiesta inmediatamente y suele completarse en dos meses, algunas veces en algunas semanas, como lo atestiguan las dos cartas siguientes:

"Muy señor mío:

Sólo hace quince días que tomo las Pilules Orientales y observo ya con satisfacción un resultado verdaderamente sorprendente. Mademoiselle H. L..., Rue Gardart-Marseille."

"Muy señor mío:

Me apresuro a felicitaros por vuestras Pilules Orientales, que deberían denominarse Píldoras maravillosas.

Un solo frasco ha sido suficiente para hacer desaparecer dos huescos que tenía en cada lado del cuello. Ahora poseo un busto espléndido, mi pecho antes caído, se ha erguido firme y rígido. Estoy encantada de vuestras píldoras.

Mlle. A. L..., Verey (Suise)."

Ponemos punto aquí a las citaciones que demuestran la eficacia de las Pilules Orientales, y que impiden el confundirlas con ninguna de las imitaciones, más o menos fantásticas, que sin interrupción salen a luz, ni con las invenciones ilusorias que no tienen nada de nuevas, y que pretenden crear carne, a medir al centímetro.

Por lo que antecede, si a vuestro pecho le falta desarrollo o firmeza, si deseáis mejorar la estética de vuestro busto, no vaciléis en apelar a las Pilules Orientales. Harán por vos lo que han hecho por millares de otras personas; el aspecto de vuestro cuerpo nada tendrá que envidiar al de vuestras compañeras más favorecidas. Vos misma estaréis asombrada y maravillada de la rápida transformación que se operará en vos. Precio del frasco, con instrucciones, en París, 6 fr. 35.

Cada frasco debe tener el sello francés de la "Unión des fabricants" En Santiago: MAX MENGIN y Cía. - En Valparaíso: DAUBE y Cía.



## SUMARIO

	<u>Págs.</u>		<u>Págs.</u>
TEXTO:			
Hechos y notas, Luis Orrego Luco... ..	238	Berceuse (página de música), P. Bisquertt....	259
Negros los ojos, los labios rojos (poesía), E. Diez de Medina... ..	239	Vestigios del palacio de los Césares... ..	261
Cuentos de Navidad, Guy de Maupassant... ..	241	GRABADOS:	
La obra mágica de Carpeaux... ..	243	Noche de Navidad, fotografía artística... ..	237
Tierras y Cromos, Miguel Luis Rocuant... ..	246	Una visión de Oriente, F. M. Bredt... ..	248
El gran almirante, A. Borquez Solar... ..	250	INSERCIONES	
Venecia, Manuel Roberto Marín... ..	256	Belleza española.	
La Réjane... ..	257	Señorita Sara Besa Montt, que obtuvo el primer premio de belleza... ..	254

# A NUESTROS LECTORES

---

---

## Y SUSCRIPTORES

---

---

Con el presente número se despide de sus lectores la revista "Selecta", a cuya publicación hemos debido poner término en vista de que el público no se ha interesado por su mantenimiento.

No seríamos justos si al hablar en general no hiciéramos excepción de sentida gratitud para todos aquellos que reconociendo los méritos de "Selecta" quisieron prestarle ayuda y asegurarle más larga vida.

Los suscriptores a cuyo favor habremos de reconocer algún saldo de sus abonos pagados, tendrán opción a la indemnización correspondiente, sea en dinero efectivo, sea sobre nuevas órdenes de suscripción o pedidos sueltos por valor equivalente de cualquiera de nuestras revistas "Zig-Zag", "Familia", "Corre-Vuela", "El Peneca" y del magazine "Pacífico", que empezará a publicarse en Enero de 1913 y tendrá el mismo precio de "Selecta".

LA ADMINISTRACION DE LA EMPRESA ZIG-ZAG

Santiago, Diciembre de 1912